EL *Secuestro* DE LORD BLAYMIRE

Una novela de la Regencia

CATHERINE BILSON

El Secuestro de Lord Blaymire

Una novela de la Regencia

Catherine Bilson

Shenanigans Press

Derechos de Autor © 2017 Shenanigans Press. Todos los derechos reservados.

Este libro y todos sus contenidos están protegidos por la ley de derechos de autor. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna manera, ya sea por medios fotográficos, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves utilizadas en reseñas u otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Para solicitudes de permiso, por favor contacte:

Shenanigans Press

PO Box 323, MORAYFIELD QLD 4506 AUSTRALIA

Correo electrónico: cait@caitlynlynch.com

TABLA DE CONTENIDO

1. Prólogo
2. Capítulo Uno
3. Capítulo Dos
4. Capítulo Tres
5. Capítulo Cuatro
6. Capítulo Cinco
7. Capítulo Seis
8. Capítulo Siete
9. Capítulo Ocho
10. Capítulo Nueve
11. Capítulo Diez
12. Capítulo Once
13. La Novia Fugitiva del Capitán - capítulo de muestra
Otros libros de la autora Catherine Bilson



PRÓLOGO

TORRE KYNETON

Lancashire

Finales de octubre, 1820

—Otra carta para usted, señorita.

Perséfone se quedó paralizada, con la cuchara a medio camino de su boca.

La ama de llaves, la señora Conkle, dejó el papel doblado sobre la mesa junto a su cuenco de avena. Con los labios fruncidos en señal de desaprobación, miró fijamente a Perséfone.

—¿Carta? No veo ninguna carta —deliberadamente, Perséfone cogió el periódico doblado y lo movió hacia ella, cubriendo la carta—. Usted tampoco vio ninguna carta, ¿verdad, señora Conkle?

—Nada bueno sale de esconderse de los problemas —murmuró sombríamente el ama de llaves. Se dio la vuelta y salió de la habitación, dejando a Perséfone sola.

Con la carta.

Casi podía sentirla, agazapada bajo el periódico como un depredador esperando para atacar.

Estoy siendo ridícula. Es solo un trozo de papel sellado con cera.

Apartando el periódico, cogió la carta y rompió el sello en relieve, desdoblando la única hoja de costoso pergamino.

Esta estaba lejos de ser la primera de estas cartas que había recibido. Habían empezado a llegar después de que su tío falleciera hace poco menos de un año. La primera había sido una simple

nota de cortesía de condolencia. La segunda, le aconsejaba que nada tenía que cambiar en su situación hasta que terminaran sus seis meses de luto oficial.

La tercera carta lo había cambiado todo. Había sido una convocatoria a Londres, una que no admitía discusión ni ofrecía alternativa.

Dado que Lord Blaymire había heredado su tutela, junto con todas las propiedades de su tío, Perséfone supuso que debería haber seguido sus instrucciones de inmediato.

Sin embargo, Londres era el último lugar donde quería estar. Lo había detestado intensamente durante su única y fallida temporada siete años atrás, y no tenía ningún deseo de volver ahora. Con casi veinticinco años, era demasiado mayor para entrar en el mercado matrimonial incluso si hubiera querido un marido, lo cual más bien pensaba que no quería.

Cada dos semanas desde entonces, había llegado otra carta, con un tono cada vez más quejumbroso e impaciente, preguntando por qué no había recibido una respuesta de ella. Exigiendo saber por qué aún no se había presentado en la Casa Blaymire en Grosvenor Square.

Esta carta era la octava. Solo difería de la correspondencia anterior en que un ligero destello de conciencia parecía haber llegado al escritor, de que podría no ser tan simple seguir sus órdenes como había supuesto. Esta carta preguntaba si necesitaba fondos para realizar el viaje y le informaba que, al presentarse en la parada de diligencia más cercana, se le proporcionarían boletos suficientes para llevarla a Londres.

Perséfone resopló en voz alta, y luego se puso de pie, cruzó hacia el fuego que crepitaba alegremente en el hogar, y alimentó las llamas con el papel.

En ocho semanas más, nada de esto importaría. No necesitaría recibir ninguna de las cartas de Lord Blaymire, ni preocuparse por sus arrogantes exigencias y suposiciones.

En ocho semanas más, Perséfone Patton cumpliría veinticinco años y estaría en posesión de su propia herencia de cinco mil libras. Si Dios quería, unos días después, abordaría un barco con destino a América donde pretendía comenzar una vida completamente nueva.



CAPÍTULO UNO

LONDRES

Unos días después

—Y esta es Lady Elizabeth St. Clair —dijo Lady Blaymire a su hijo con una fuerte nota de aprobación en su voz—. Lady Elizabeth es la hija del Marqués de Chermond.

Lady Elizabeth era la quinta, o quizás la sexta, joven dama que su madre le había presentado esa noche. Todas eran bonitas, recatadas y extremadamente bien educadas.

Samuel Mather-Curtin, Lord Blaymire, no quería bailar con ninguna de ellas. A pesar de las poco sutiles insinuaciones de su madre y las miradas invitadoras que le lanzaban las jóvenes damas, no quería estar en Almack's en absoluto, bebiendo limonada aguada y siendo exhibido como un toro premiado en la feria del condado. Lady Elizabeth lo miraba desde detrás de su abanico como si en cualquier momento fuera a pedirle inspeccionar sus dientes.

¿Se inspeccionan los dientes de los toros, o eso es solo para los caballos? Samuel se distrajo brevemente pensando en ello. Lo suficiente como para que el silencio se alargara incómodamente y su madre comenzara a golpear el suelo con el pie impacientemente.

—Samuel —siseó Lady Blaymire por la comisura de la boca antes de inclinarse hacia él y darle un fuerte codazo en las costillas con su abanico plegado—. ¡Invita a Lady Elizabeth a *bailar*!

Reprimió un suspiro, inclinándose educadamente. —¿Está comprometida para el próximo baile, mi lady?

—Qué amable de su parte preguntar, Lord Blaymire, y no, no lo estoy —. Ella posó una delgada mano enguantada de blanco en el brazo que él le ofrecía y se dirigieron a la pista de baile.

Lady Elizabeth era exactamente el tipo de mujer con la que debería casarse, supuso Samuel. Bonita, elegante, con título, presumiblemente con una saludable dote. Era todo lo que un hombre

podría desear en una esposa. Bailaba con elegancia, pero cuando intentó conversar con ella, descubrir qué intereses podría tener, pareció no tener nada que decir.

Se aburriría mortalmente en una semana si se casara con alguien como Lady Elizabeth, por muy *adecuada* que fuera a los ojos de la Sociedad. Más aburrido de lo que estaba actualmente, lo cual era realmente decir algo, porque Samuel había luchado por encontrar algo que le interesara en las diversiones de la alta sociedad durante los últimos dos años. Desde que heredó su título hace seis años a la edad de veintidós, había llegado a despreciar lentamente a sus contemporáneos que malgastaban su tiempo —y dilapidaban sus fortunas— jugando y bebiendo.

—Hacen muy buena pareja —decía su madre a la Marquesa de Chermond mientras Samuel acompañaba a Lady Elizabeth fuera de la pista de baile—. Deben venir a nuestro gran Baile de Navidad, Lady Chermond. Enviaré las invitaciones la semana que viene.

—Es usted muy amable, Lady Blaymire; estoy segura de que estaremos encantados —dijo la marquesa efusivamente—. ¿Verdad, Elizabeth?

—En efecto, mamá. Un gran honor —murmuró Lady Elizabeth con su bonita y educada sonrisa.

—Entonces, está decidido —dijo Lady Blaymire con una amplia sonrisa.

Samuel pensó que si se lo dejaran a ellas tres, probablemente el anuncio de su compromiso con Lady Elizabeth sería el punto culminante del Baile de Navidad. —Disculpen —murmuró, repentinamente incapaz de soportar más el gentío en la calurosa y abarrotada sala. Ofreciendo una mínima reverencia a las damas Chermond, se dirigió al exterior, volviendo su rostro hacia la fría y oscura noche una vez que se libró de las sofocantes salas de reunión. Respiró profundamente.

Necesitaba salir de Londres. Quizás debería ir al Castillo Blaymire por unos días, ver cómo progresaban las obras de construcción. Su baronía era antigua, la sede familiar un castillo en Shropshire que databa de la Edad Media. El lugar era apenas habitable en invierno, razón por la cual siempre pasaban la Navidad en Londres, pero Samuel amaba su hogar. Hace cinco años, había comenzado obras en el castillo, decidido a repararlo y hacerlo habitable según los estándares modernos. Con uno o dos años más de reconstrucción, incluso podría ser posible vivir allí todo el año, lo que le vendría perfectamente a Samuel. Sería perfectamente feliz si nunca tuviera que visitar Londres de nuevo.

Por supuesto, esta era otra razón por la que elegir a una de las debutantes de la alta sociedad como esposa no resultaría bien. Tal esposa querría el torbellino social de la Temporada; no le gustaría retirarse a un antiguo caserón lejos en la frontera galesa.

Suspirando de nuevo, Samuel comenzó a bajar las escaleras, haciendo un gesto a su criado que se acercaba para preguntar si quería que le trajeran su carruaje. —No, quédate y lleva a mi madre a casa cuando esté lista. Yo caminaré —. Era menos de una milla desde King Street hasta Grosvenor Square.

Aunque comenzó a caer una ligera lluvia mientras caminaba, sintió como si pudiera respirar por primera vez en el día. El aire lleno de humo de Londres era un pobre sustituto del aire limpio del campo que anhelaba, pero tendría que servir.

El carruaje llegó cuando estaba subiendo los escalones de entrada de su casa de la ciudad. Con un suspiro, Samuel dio media vuelta y abrió la puerta para su madre, quien prontamente lo golpeó en los nudillos con su abanico y comenzó a reprenderlo por haberla abandonado.

—¿Abandonada? Qué dramatismo, madre —dijo secamente, no obstante ofreciéndole su brazo para escoltarla escaleras arriba.

—¡No sé qué les pasa a los jóvenes de hoy en día! —declaró Lady Blaymire de mal humor—. Cuando yo tenía tu edad, todo lo que quería era estar en Londres, asistiendo a fiestas y bailes; entre tú y la chica Patton, ¡uno pensaría que es el lugar más horrible del mundo!

—¿Ha respondido la señorita Patton? —preguntó Samuel con interés mientras entraban en la casa.

—No lo ha hecho, ¡y no puedo entenderlo! Es tu pupila, Samuel, y absolutamente debo tenerla aquí a tiempo para el baile de Navidad para poder presentarla en sociedad. ¡Mis amigas están preguntando por qué no está aquí ya!

—Quizás no deberías haberles dicho que la presentarías hasta que realmente la tuvieras aquí —dijo, y fue recompensado con un ceño fruncido por sus problemas.

—¡Quizás *tú* deberías cumplir con tu deber hacia la chica y traerla aquí!

—Difícilmente puedo hacer que la arrastren a Londres por el pelo, madre. No hace mucho que salió del luto; dale tiempo.

—Eres demasiado blando. ¡Tu tío murió hace ocho meses, y ni siquiera era su pariente de sangre! —Lady Blaymire frunció los labios—. Le dije que enviara a la chica aquí hace años cuando falleció su esposa, pero no quiso saber nada. Dijo que él y la mocosa se llevaban bien. ¡Altamente inapropiado, si me preguntas!

Samuel no comentó que, de hecho, su tío no se lo había pedido. El hermano menor de su padre, Matthew, había sido algo excéntrico, estableciéndose en una remota propiedad familiar en la costa de Lancashire llamada Kyneton Tower, donde escribía tratados oscuros pero apasionados sobre las aves marinas del Mar de Irlanda. Había sorprendido a toda la familia cuando se casó bastante bien: con la hija de un terrateniente local. La otra hija del terrateniente se había casado con el miembro del Parlamento local, Albert Patton. Era la hija de Patton quien, desde la muerte de sus padres hacía seis años, había hecho de Kyneton Tower su hogar, primero con Matthew y su esposa y, después del fallecimiento de su tía, solo con Matthew.

La muerte de Matthew significaba que todo lo que poseía volvía a su heredero, su sobrino Samuel. Incluyendo la tutela de una joven a la que Samuel ni siquiera había conocido.

Lady Blaymire le había aconsejado de inmediato que estaría encantada de tomar a la joven bajo su protección, lo cual Samuel no dudaba. Nunca había visto a su madre más feliz que en los años en que había tenido hijas para presentar en sociedad, pero ahora que las seis hermanas de Samuel estaban todas casadas, necesitaba una nueva distracción. Con Samuel resistiéndose a sus esfuerzos por verlo casado, la señorita Patton debería ser justo lo que necesitaba, así que supuso que debería esforzarse y hacer que trajeran a la joven a Londres.

—Me ocuparé de ello mañana, madre —prometió.

Ella soltó su brazo con un asentimiento majestuoso. —¡Asegúrate de hacerlo!



—Buenos días, señor Hallam —saludó Samuel, entrando a zancadas en su estudio después de desayunar a la mañana siguiente, asintiendo a su secretario.

—Lord Blaymire. —Hallam era un hombre pequeño con una voz desafortunadamente aguda y nasal, pero su eficiencia era indudable. Hizo una educada pequeña reverencia sin levantarse de su silla ni perturbar las pulcras pilas de papeles dispuestas en el escritorio frente a él—. Pensé que podríamos empezar con la cuestión de la fábrica en Birmingham, milord...

—Antes de eso, tengo otra consulta. La señorita Patton.

Hallam lo miró sin comprender. —¿Quién, milord?

—La señorita Patton. La joven que residía con mi tío en Kyneton Tower, ahora mi pupila.

—Ah, por supuesto. —Hallam asintió—. Ahora lo recuerdo. Su madre la invitó a Londres, ¿no es así? ¿Está todo preparado para su visita?

—Eso creo... pero necesitaba consultarle. ¿Cuántas cartas ha enviado, y ha recibido alguna respuesta?

El señor Hallam parpadeó. —Consultaré mis archivos de correspondencia, milord.

Samuel arqueó una ceja y esperó.

—Ah, sí, por supuesto. —Abandonando el papeleo de la fábrica, el señor Hallam se dirigió al gran escritorio donde gestionaba toda la correspondencia que enviaba y recibía en nombre de Samuel y consultó un gran libro de contabilidad—. He enviado a la señorita Patton... ocho cartas en su nombre, milord. Solo se ha recibido una en respuesta. —Presentó una hoja de papel

doblada.

La señorita Patton tenía una caligrafía pulcra y precisa, y ciertamente era económica con sus palabras, pensó Samuel mientras leía la breve nota. La señorita Patton expresaba un educado agradecimiento por las condolencias extendidas por el fallecimiento de su tío y afirmaba que tenía la intención de permanecer recluida en Kyneton Tower durante el período de luto.

—Esto está fechado hace más de seis meses —observó Samuel—. ¿No hemos recibido noticias suyas desde entonces?

—No, milord. Envié una carta de cortesía cada pocos meses, solicitando que nos hiciera saber si necesitaba dinero o asistencia, hasta que pasaron seis meses desde la muerte del señor Mather-Curtin. En ese momento, Lady Blaymire me instruyó que escribiera a la señorita Patton y solicitara su presencia en Londres. —El señor Hallam parecía preocupado—. ¿Le parece preocupante el silencio de la señorita Patton, milord? Debo admitir que asumí que simplemente había elegido extender su período de luto. ¿Debería enviar a un hombre a Lancashire para investigar?

Debería decir que sí. Debería dejar que Hallam se ocupara del asunto con su habitual eficiencia; sin duda la señorita Patton estaría llegando a Londres con sus maletas en quince días. En cambio, Samuel se encontró diciendo: —No, Hallam. Creo que me ocuparé del asunto personalmente.

—¿Me permite preguntarle, milord? —Hallam parpadeó inquisitivamente.

—He estado considerando una visita al Castillo Blaymire, para ver cómo progresan las obras de construcción. Haré un desvío a Kyneton Tower, me reuniré con la señorita Patton en persona. Es mi pupila, después de todo. Debería conocerla.

—Eso es un desvío considerable, milord; son casi cien millas entre los dos lugares, ¡y tan tarde en el año los caminos se estarán volviendo intransitables!

—No me derretiré con un poco de lluvia, Hallam. —Energizado por la idea de dejar Londres por un tiempo, Samuel arrojó la nota de la señorita Patton sobre el escritorio—. Haga lo que considere conveniente con el asunto de Birmingham. ¡Lo mantendré informado sobre mis movimientos!

—Muy bien, milord —fue la única respuesta que Hallam dio mientras Samuel salía a zancadas de la habitación, llamando a su ayuda de cámara para que preparara una maleta.



CAPÍTULO DOS

TORRE KYNETON, LANCASHIRE

Diez días después

Cansado y notablemente húmedo por la llovizna, Samuel instó a su agotado caballo a subir la cuesta con un suave murmullo de aliento. Se había detenido en el pequeño pueblo de Hearstmouth una hora antes para comer, y le habían informado que la Torre Kyneton estaba a solo cuatro millas de distancia al otro lado del promontorio que su fatigado caballo estaba luchando por escalar en ese momento.

Al llegar finalmente a la cima de la colina, Samuel maldijo por lo bajo cuando el viento fresco le arrojó una salpicadura más fuerte de lluvia directamente a la cara. Limpiándose los ojos con la manga, vio piedra gris frente a él y se dio cuenta de que su información era correcta; esta debía ser, en efecto, la Torre Kyneton.

La torre tenía cuatro pisos de altura, calculó, y alguna vez había sido una torre de vigilancia contra los asaltantes irlandeses. En años recientes, se habían hecho adiciones al edificio para hacerlo más habitable, con un par de alas de piedra de un solo piso que se extendían formando una L con la torre misma en la esquina. Muros bajos cerraban el cuadrado, y vio gallinas dentro del recinto, así como lo que a sus ojos, admitidamente poco informados, parecía un saludable huerto.

Instando a su cansado caballo a seguir adelante, rodeó la propiedad casi por completo antes de encontrar finalmente lo que parecía ser la única puerta en la base de la torre misma. Desmontando y subiendo los escalones de piedra, golpeó fuertemente la pesada puerta tachonada de roble, esperando que hubiera un sirviente disponible para cuidar de su caballo.

—¿Quién es? —llamó una voz de mujer desde el interior unos minutos después.

—Es Lord Blaymire —dijo—. Abra la puerta, por favor.

Hubo un jadeo, y luego, tras un largo momento en el que se preguntó si quien estaba dentro había reconocido siquiera su nombre, se oyó el chirrido de los cerrojos al ser retirados y un fuerte crujido cuando la pesada puerta se abrió una rendija.

Samuel se encontró mirando unos ojos grandes y tan grises como el Mar de Irlanda a sus espaldas, en un rostro delgado y pálido. El cabello oscuro estaba recogido en un severo moño, y la mujer llevaba un sencillo vestido gris de lana. Una ama de llaves, evaluó de un vistazo.

—Buenas tardes —dijo amablemente—. ¿Podría alguien estar disponible para ayudar con mi caballo?

La mujer frunció los labios pero asintió.

—No tenemos establo, pero Jacob puede ponerlo en el cobertizo y frotarlo.

Llevándose los dedos a los labios, emitió un agudo silbido que hizo saltar a Samuel, pero un momento después, un hombre vino arrastrando los pies por la esquina.

—Jacob —dijo la mujer, hablando lentamente—, lleva este caballo al cobertizo y frótalo con un poco de paja.

—Sí, señorita —dijo Jacob, alcanzando las riendas del caballo.

—Dale un cubo de agua y un cazo de avena... en un segundo cubo —dijo la mujer, y Samuel se dio cuenta de que Jacob debía ser un simple. La mujer le estaba dando instrucciones cuidadosas y sencillas para evitar confundirlo.

—Gracias, Jacob —dijo, cediendo las riendas y recibiendo un asentimiento y una amplia sonrisa a cambio.

—Jacob cuidará bien de él —aseguró la mujer antes de abrir más la puerta y dar un paso atrás—. Supongo que será mejor que entre.

No sonaba particularmente acogedora, y Samuel frunció el ceño, ligeramente irritado. ¡El ama de llaves debía darse cuenta de que esta era su propiedad y que, por lo tanto, ella servía a su placer!

—No escuché su nombre, señora... —hizo una pausa, esperando.



No sabe quién soy.

Por un momento, Perséfone consideró dar un nombre falso. Tejer una historia fantástica de ser una humilde sirvienta, decirle que la señorita Patton se había ido hace mucho tiempo.

Casi tan pronto como se le ocurrió la idea, la descartó. Él seguiría el rastro como un sabueso, y bastarían unas pocas preguntas en Hearstmouth para revelar su verdadera identidad... y eso si Jacob no lo dejaba escapar primero.

Dándose la vuelta, concediéndose un momento para reconsiderar los méritos del plan, condujo a Lord Blaymire hacia la escalera. El estudio de su tío era el único apto para recibir a un invitado de su estatura... de cualquier estatura, en realidad. Lo llevó hasta la habitación superior de la torre y abrió la puerta del estudio.

—Por favor, tome asiento, milord. ¿Puedo colgar su abrigo?

El fuego no estaba encendido, pero solo le tomó unos momentos con el pedernal y el acero de la repisa para hacer saltar una chispa en la yesca dispuesta para ello.

Lord Blaymire la observó pensativamente, pero se quitó el abrigo y se lo dejó tomar, colgándolo junto a la chimenea donde se secaría rápidamente una vez que el fuego se avivara. Puso su sombrero en una mesa lateral y cruzó los brazos sobre el pecho... un pecho ancho, notó ella, y no había relleno bajo su abrigo para darle una apariencia de musculatura donde no existía. Era de estatura superior a la media, aunque no excesivamente alto, y mientras se quitaba los guantes, ella vio que sus manos parecían fuertes. Ningún noble ocioso, como se lo había imaginado.

—¿Señora? —insistió de nuevo.

—No señora, milord. Señorita. Soy la señorita Perséfone Patton.

La mandíbula de Lord Blaymire cayó, sus cejas se arquearon hacia arriba.

—¿Usted? —dijo, con un tono incrédulo.

—En efecto, milord.

Preguntándose por qué estaba tan obviamente sorprendido, Perséfone se acomodó en la silla que siempre había acostumbrado a tomar cuando se sentaba con su tío. En tantas noches se habían sentado aquí, junto al fuego, conversando hasta altas horas de la madrugada. Reprimió otra punzada de dolor y juntó las manos sobre su regazo.

—Perdóneme —Lord Blaymire se pasó una mano por el pelo, una espesa mata de rizos castaños, un poco más largos que la moda actual, pensó ella—. Creía que usted era más joven. Dieciocho años o así.

—Tengo veinticuatro años, milord.

¿Debería mencionar que su cumpleaños se acercaba rápidamente, decirle que muy pronto no tendría que preocuparse por ella? Pero él ya estaba hablando de nuevo.

—Bueno, eso hace que sea aún más imperativo que venga a Londres inmediatamente. Madre podrá ayudarla a instalarse... por supuesto, ella debe saber cuántos años tiene; por eso insiste tanto.

Perséfone tuvo la sensación de que Lord Blaymire hablaba más para sí mismo que para ella. *Es tan arrogante como en sus cartas*, pensó, *tan descuidado con mis sentimientos*. Decirle que estaba a punto de alcanzar la mayoría de edad no le serviría de nada. Probablemente le presentaría un marido de su elección y le ordenaría casarse antes de su cumpleaños, solo para asegurarse de que su fortuna permaneciera fuera de su control.

Aun así, lo intentaría. Le pediría que la escuchara.

—Mi señor —dijo vacilante—, no deseo ir a Londres.



Una vez que se recuperó de la sorpresa por su aparición —y francamente, de su vergüenza por haberla confundido con una sirvienta—, Samuel reevaluó a la señorita Patton con ojo crítico. Aunque era unos años mayor de lo que había pensado, en realidad era muy atractiva, o lo sería con un bonito vestido y el cabello arreglado. Esos ojos tormentosos dominaban su rostro, pero era un rostro hermoso con pómulos altos, cejas delicadamente arqueadas y un mentón pequeño y puntiagudo. Miró sus manos, dobladas en su regazo, y se recriminó por no haberlas notado antes; tenía manos de dama con dedos largos y elegantes.

—Lamento no ver otra opción, señorita Patton —dijo, no sin amabilidad—. No puede quedarse en Kyneton Tower indefinidamente.

—¿Por qué no?

Sus cejas se elevaron de nuevo; ¡la señorita Patton estaba llena de sorpresas! Sin embargo, su pregunta directa merecía una respuesta.

—No es una situación adecuada. ¡Seguramente desea tener su propio hogar, un marido y una familia! El tío Matthew vivía aquí como un recluso. ¡No es posible que desee quedarse!

La señorita Patton desvió la mirada hacia el fuego. Él se preguntó qué estaría pensando. Tal vez era tímida, temiendo no encajar en el torbellino social de Londres. Al menos sobre eso podía tranquilizarla.

—Mi madre conoce a todo el mundo en Londres, y está preparada para presentarla a sus amistades. Estoy seguro de que probablemente ya tiene una lista de posibles pretendientes para usted, al igual que tiene una lista de herederas para que yo les haga la corte.

—Un pensamiento feliz, sin duda —dijo la señorita Patton, y él se preguntó si detectaba sarcasmo en su tono. Seguramente no.

—Podemos sufrir el mercado matrimonial juntos, porque, verá, debo elegir una esposa más pronto que tarde. Puedo escoltarla a todos los eventos sociales, debidamente acompañados por mi madre, por supuesto.

—Días felices, en efecto —dijo la señorita Patton—. Pero difícilmente creo que nuestras situaciones sean iguales, mi lord. Yo soy una don nadie, que está tenuemente conectada a su ilustre familia y firmemente en la estantería por virtud de mi edad; mientras que usted es uno de los solteros más codiciados de Londres. ¿No ha hecho ya su elección, además?

—No entiendo a qué se refiere —dijo Samuel un poco rígido.

—Kyneton Tower está apartada, mi lord, pero nuestro tío mutuo estaba suscrito a bastantes periódicos y publicaciones —no todos relacionados con sus intereses científicos— y sus suscripciones no han caducado. Leo las columnas de chismes con regularidad, y parece que todo Londres dice que Lady Elizabeth St. Clair será su elección. Hija del Marqués de Chermond, ¿estoy en lo cierto?

Samuel apretó los dientes. Un baile con Lady Elizabeth, y parecía que su madre debía haber aprovechado su ausencia de Londres para avivar a fondo las llamas del chisme.

—Está lejos de ser un acuerdo cerrado —espetó.

—¿Oh? —Una delicada ceja oscura se arqueó escépticamente.

Enojado, Samuel arremetió verbalmente:

—¿Qué podrían significar las columnas de chismes para alguien que nunca ha estado en Londres? ¡Ni siquiera conocería a ninguna de las personas mencionadas en ellas!

—De hecho, mi lord, he estado en Londres. Incluso he participado en la Temporada, aunque fue hace algunos años cuando solo tenía diecisiete. Tuve media Temporada antes de que mi madre enfermara. Aun así, conocí a varias personas que recuerdo bastante bien. Incluso a usted en dos ocasiones separadas. Aunque parece que no recuerda ninguna de ellas.

Samuel no podía recordar haberse sentido tan desequilibrado al conocer a alguien en toda su vida. Una vez más, la señorita Patton lo había puesto a la defensiva.

—¿Perdón? —dijo, estrujándose el cerebro.

—Aunque, claro, estaba bastante ebrio en la primera ocasión.

Él se estremeció.

—Mamá lo señaló, ya que nuestras familias están conectadas. Me llevó para presentarnos. Fue en la ópera. —La nariz de la señorita Patton se arrugó—. Su aliento apestaba a brandy, y balbuceó algo sobre una bailarina de ópera a la que tenía que conocer y se tambaleó.

—Dios mío. —Samuel no sabía dónde meterse—. Yo... ¿esto habría sido hace siete años?

—En efecto, mi lord. Creo que acababa de graduarse de Cambridge.

—Mi padre estaba muriendo. —No era excusa para un comportamiento tan atroz, pero recordaba que había pasado la mayor parte de ese invierno intentando ahogar la realidad en alcohol—. Le ruego me disculpe, señorita Patton, fue inexcusable de mi parte.

Su expresión se suavizó cuando mencionó a su padre, y agitó una de sus manos esbeltas y elegantes en un gesto grácil.

—Fue hace mucho tiempo, mi lord. No me ofendí.

—¿Dice que nos encontramos en otra ocasión? —Samuel intentó recuperarse—. Espero no haber sido tan grosero la segunda vez.

—En efecto, no. —Sonrió, y tenía una cualidad extrañamente melancólica—. Fue en una velada musical... no recuerdo quién era el anfitrión, pero claramente lo estaban animando a cortejar a la hija de la casa. La anfitriona le pidió que tocara el violín mientras ella cantaba.

—Oh. —No había tocado el violín desde que su padre murió. Habían compartido el amor por el instrumento, e incluso pasar el arco por las cuerdas había sido demasiado doloroso para el corazón de Samuel.

—Tocó muy hermosamente, mi lord. Me conmovió mucho. También a la hija de la anfitriona... y a un buen número de sus amigas. Era usted muy popular, y no tuvimos la oportunidad de hablar.

Samuel no recordaba la ocasión exacta de la que hablaba, pero al menos estaba ligeramente aliviado de no haberse comportado como un completo imbécil dos veces ante la señorita Patton. Una vez era bastante malo, aunque ella parecía estar dispuesta a perdonárselo.

Sin embargo, la noticia de que no era completamente inexperta en Londres fue bienvenida. Obviamente, sabía cómo conducirse en la Sociedad y, con suerte, no tendría problemas para reintegrarse a ella, aunque su forma directa de hablar pudiera incomodar a algunos hombres. Era bastante bonita, estaba conectada con su familia y tenía una pequeña herencia, si mal no recordaba. Algún caballero que no le importara su forma de hablar sin rodeos la atraparía rápidamente.

—Bueno, es excelente saber que ya ha estado en Londres antes —dijo animadamente, haciendo lo posible por recuperarse después de que ella lo hubiera desconcertado por completo con sus revelaciones—. Sin duda, será recordada por algunos con quienes se haya encontrado previamente y hará muchos nuevos amigos bajo la influencia de mi madre.



CAPÍTULO TRES

PARA PERSÉFONE ERA EVIDENTE que Lord Blaymire había tomado una decisión. La llevaría a Londres para entregarla a su madre y servirla en bandeja a los caballeros de la alta sociedad para que la examinaran a su antojo como si fuera un caballo en el mercado.

No podía pensar en una perspectiva más horrible. Sus dedos se tensaron, entrelazándose hasta que le dolieron, y bajó la mirada.

Respira. Piensa.

—Debe pensar que soy muy maleducada, Lord Blaymire —dijo—. Ni siquiera le he ofrecido una taza de té o un trozo de pastel. ¿Me disculpa unos minutos?

—No es nece... —empezó a decir, pero Perséfone se levantó de un salto y casi salió corriendo de la habitación.

Con el corazón acelerado, bajó las escaleras y se dirigió al ala este de la casa, donde estaba la cocina y, más allá, las habitaciones donde residían la señora Conkle y su hijo, Jacob. La señora Conkle no estaba presente, pues había ido al mercado de Hearstmouth con el poni y el carro para comprar provisiones, así que Perséfone tendría que preparar el té ella misma, una tarea a la que estaba bastante acostumbrada.

Colocando el gancho que sostenía la tetera de hierro sobre la estufa, avivó el fuego antes de alcanzar las tazas de té y una bandeja. Había un bizcocho envuelto en muselina en la despensa; cortó varias rebanadas y las puso en un plato.

Al abrir la caja del té, se detuvo con la cuchara en la mano, cuando de repente se le ocurrió una idea descabellada. Lentamente giró la cabeza y miró fijamente el aparador, en particular, los frascos y paquetes cuidadosamente ordenados, cada uno etiquetado con los nombres de las hierbas y especias que ella y la señora Conkle recolectaban, secaban y almacenaban.

Tal vez. Solo posiblemente... Perséfone podría arreglar las cosas para no tener que ir a Londres

después de todo. Solo necesitaba unas semanas más. Solo hasta después de su cumpleaños en Nochebuena.

Echando un poco de té en la tetera, volvió a guardar la caja del té y cogió un frasco diferente. Juzgó que también necesitaría miel para enmascarar el sabor, y añadió un pequeño tarro y una cuchara limpia a la bandeja antes de agregar agua a la tetera y llevar la bandeja fuera de la cocina y subir las escaleras.

Lord Blaymire levantó la vista con el ceño fruncido cuando ella volvió a entrar en el estudio, poniéndose de pie cortésmente.

—No era necesario el té, señorita Patton.

—Tonterías —dijo ella con firmeza, dejando la bandeja—. Tenemos mucho que discutir, milord, y no tengo intención de hacerlo con la garganta cada vez más seca. Pruebe un trozo de pastel; mi ama de llaves, la señora Conkle, hace un excelente bizcocho, y seguro que me preguntará si le ofrecí, así que le ruego, ¡no me haga quedar como una mentirosa!

Él la miró con recelo, pero volvió a sentarse una vez que ella se hubo sentado y aceptó una servilleta y un trozo de pastel.

—¿Toma miel en su té? Los caballeros lo hacen según mi experiencia; el tío era muy aficionado... Solía bromear diciendo que tomaba té con su miel —Una vez más, una punzada de pérdida la golpeó al recordar al amable anciano que había insistido en que se quedara con él aunque no fueran parientes de sangre.

—Dos almas perdidas haciéndose compañía —había argumentado el tío Matthew, mirándola por encima de las gafas de media luna que rara vez se quitaba. Sabiendo cuánto debía de echar de menos a su tía, ella no había intentado negárselo.

—Recuerdo eso —dijo Lord Blaymire inesperadamente—. Nunca visitamos este lugar (mi tío afirmaba que la Torre Kyneton no estaba equipada para recibir visitas), pero varias veces él y la tía Alice vinieron al Castillo Blaymire a visitarnos. Recuerdo a la tía Alice riendo con mi madre, diciendo que tendrían que pedirle al ama de llaves que añadiera un cuenco de miel más grande a la bandeja del té. Mi padre tenía el mismo gusto. A mí me gusta una cucharada de miel, pero no más que eso.

Ella le puso una generosa cucharada, vertiendo cuidadosamente el té ya infusionado a través del colador y removiendo suavemente la taza antes de pasársela. Él esperó hasta que ella tuviera su propio té en la mano antes de dar un sorbo, lo que ella consideró muy caballeroso por su parte.

—Déjeme ver si lo he entendido bien —dijo Lord Blaymire, y Perséfone suspiró para sus adentros, preparándose para lidiar con sus preguntas—. ¿Cuándo falleció su padre?

—Cuando yo tenía once años. Poseía una pequeña propiedad no muy lejos de aquí, pero estaba vinculada a un primo lejano, así que la tía Alice nos invitó a mamá y a mí a instalarnos aquí.

Vivíamos en la Casa Kyneton, que se puede ver desde esa ventana —Señaló una de las estrechas ventanas del estudio. Lord Blaymire se levantó y se acercó a mirar, llevándose la taza de té consigo.

—¿Quién vive allí ahora? —preguntó.

—Nadie en este momento. Se alquiló a unos inquilinos este verano (una familia de Londres), pero ha estado vacía desde que se marcharon hace unas semanas —El nombre de "casa" era algo engañoso; la Casa Kyneton era una hermosa vivienda de cuatro dormitorios, más grande por dentro que la Torre Kyneton. Perséfone guardaba felices recuerdos de sus años viviendo allí con su madre.

—¿Y luego su madre falleció cuando usted tenía diecisiete años? —Lord Blaymire se volvió para mirarla, apoyándose contra el alféizar de la ventana y bebiendo de su té.

Perséfone fingió dar un sorbo al suyo.

—No, milord, enfermó cuando yo tenía diecisiete años, durante mi temporada en sociedad. Volvimos a casa para que se recuperara, pero no lo consiguió. Falleció un año después —Su taza tintineó en el platillo—. La tía Alice insistió en que me mudara a la Torre. He residido aquí desde entonces. Cuando la tía Alice falleció hace dos años, solo quedamos el tío Matthew y yo aquí.

—Y luego él también murió —murmuró Lord Blaymire, y Perséfone creyó ver lástima en su mirada—. Ha perdido a todos, uno tras otro.

—No me lamento, milord. Tengo un techo sobre mi cabeza y comida que llevarme a la boca, y aunque la propiedad de mi padre estaba vinculada, me dejó una pequeña dote, y tanto mi madre como mi tía me dejaron sus partes también. Soy mucho más afortunada que muchas otras.

—Es usted muy valiente —dijo él y tomó otro sorbo de té, inclinando la taza esta vez. *Debe de haberse bebido casi todo*, pensó Perséfone. ¿Cuánto tardarían las hierbas que había puesto en el té en hacer efecto?

Lord Blaymire se apartó del alféizar e hizo ademán de volver a su asiento, pero se tambaleó ligeramente hacia un lado, frunciendo el ceño.

—Qué demon...

—¡Debe de estar cansado después de su largo viaje, milord! —Saltando de su asiento, Perséfone le quitó rápidamente la taza (era parte del preciado servicio Minton de su tía, y no le gustaría que se rompiera)—. ¿Por qué no se sienta aquí en el diván? —Le tomó del codo y lo guió hacia el diván tapizado de cuero junto a una pared, donde su tío solía recostarse con un libro en la mano.

—No me... —Pero se dejó guiar por ella, sentándose pesadamente—. Estoy... muy cansado.

—Apoye la cabeza un momento —Habló con voz tranquilizadora, dando palmaditas en el brazo acolchado del diván—. Solo cierre los ojos unos minutos.

Solo necesito unos minutos...



CAPÍTULO CUATRO

LA LUZ DEL SOL apuñaló los ojos de Samuel, y él se cubrió con el brazo con un gemido de dolor.

—¡Cierra esas malditas cortinas! —refunfuñó antes de que lentamente se diera cuenta de que estaba solo. Por supuesto, pensó, estaba de viaje; había dejado a su ayuda de cámara en Londres, sin querer cargarse de equipaje y formalidades. ¿Qué clase de posada era esta sin cortinas en la ventana y con luz solar que caía directamente sobre la cama por la mañana?

Su memoria estaba extrañamente en blanco. Estrujando sus pensamientos, le resultó curioso no poder recordar exactamente dónde estaba, en qué posada o incluso en qué pueblo. Quitando cuidadosamente el brazo de su cara y entrecerrando los ojos, Samuel distinguió una ventana alta y estrecha con paneles de plomo en forma de diamante por la que la luz del sol se filtraba de manera bastante desagradable.

Realmente no recuerdo este lugar en absoluto. Al poner la mano en la cama para incorporarse, frunció el ceño al sentir cuero en lugar del algodón o lino de las sábanas. *¿Me he quedado dormido en un diván? ¿En qué botella de brebaje infernal me perdí anoche... y por qué?*

Si bien ciertamente había abusado más de una vez en su juventud, no le tomó muchas ocasiones de despertar con dolor de cabeza y malestar estomacal para que Samuel concluyera que no le gustaban los efectos posteriores de beber en exceso. En consecuencia, era raro que se encontrara sintiéndose tan enfermo la mañana siguiente, y no podía explicar por qué debería estarlo.

Sentándose con una mueca mientras su estómago se revolvía, Samuel miró a su alrededor entornando los ojos. Ni siquiera era un dormitorio, ya que no había cama además del diván de cuero en el que aparentemente había pasado la noche. Altas estanterías de madera albergaban multitud de libros, un fuego en la chimenea aparentemente se había apagado durante la noche, y dos sillas a cada lado de una pequeña mesa eran los únicos otros muebles en la habitación.

Estoy en el estudio de mi tío en la Torre Kyneton, se dio cuenta con un repentino destello de claridad. Había tomado el té con la señorita Patton en esa mesa, discutido sobre su viaje a Londres... y después de eso no podía recordar absolutamente nada.

¿Me drogó con algo en el té?

Por absurdo que fuera el pensamiento, trató de descartarlo pero no pudo. No tenía otra explicación de cómo había estado bebiendo té a las tres de la tarde un minuto y despertando al siguiente con la vista de un amanecer.

Poniéndose de pie un poco inestablemente, Samuel se dirigió a la puerta. Agarrando el pestillo, lo levantó y tiró, pero la puerta no se movió. Empujar tampoco le sirvió de nada, no es que pensara que lo haría, ya que podía ver claramente las bisagras en su lado de la puerta. No había nada que debiera impedir que la puerta se abriera... salvo por el agujero de la cerradura negro y vacío que podía ver justo debajo del pestillo.

Estoy encerrado.

Era simplemente inconcebible, y Samuel perdió varios minutos jugueteando con el pestillo, empujando y tirando impotentemente de la puerta antes de finalmente aceptar la verdad. Inclinándose para poner su ojo en el ojo de la cerradura, no pudo ver nada más allá, lo que podría significar que la llave estaba en la cerradura o simplemente que el pasaje exterior estaba oscuro, lo cual recordaba que era el caso.

—Esto no tiene sentido —se dijo Samuel, empezando a perder la paciencia. Levantando el puño, golpeó fuertemente la puerta—. ¡Señorita Patton! ¿Ha cerrado usted esta puerta? ¡Debe abrirla inmediatamente!

Nada más que silencio le respondió. Golpeó y gritó varias veces más inútilmente. Con el puño empezando a dolerle de golpear la pesada puerta de roble, lo sacudió y miró alrededor más detenidamente, tratando de hacer un balance de su entorno aunque no pudiera darle sentido a la situación.

Había otra puerta más pequeña más adelante en la pared, y Samuel fue a probarla, encontrando como había sospechado que llevaba a una especie de armario de almacenamiento. Una puerta adicional conducía a una pequeña letrina con aire fresco soplando a través de un asiento de madera colocado sobre un agujero de piedra. Una instalación de confort antigua, que había sido mejorada en cierta medida por la adición de un grifo de agua y una tubería que venía a través del techo, presumiblemente de una cisterna de agua de lluvia en el tejado.

Bien podría hacer uso de la instalación ahora que la había encontrado. Lo hizo y luego echó un vistazo al contenido del armario. Una gran caja en el suelo estaba llena de troncos cortados para el fuego; un cubo en el estante de arriba contenía carbón. Había una caja de velas y una jarra y un aguamanil grandes y vacíos, que supuso podría llenar con agua del grifo de la letrina y beber si fuera necesario.

Volviendo al estudio, Samuel miró alrededor con creciente desesperación. Las ventanas en las tres paredes exteriores eran altas y estrechas, imposibles de que un hombre adulto pasara a través de ellas incluso si no estuviera a cuatro pisos sobre el suelo. Aun así, fue a cada una y miró hacia afuera.

Desde dos de las ventanas, el mar era visible; después de todo, esto había sido una torre de vigilancia marítima durante siglos, así que no era sorprendente. No podía ver mucho más que la estrecha franja de terreno baldío antes de que el promontorio cayera hacia el mar.

Desde la tercera ventana, vio la casa en la que la señorita Patton había dicho que una vez vivió. Kyneton Cottage, recordó. Pero también recordó que ella había dicho que estaba vacía, así que nadie allí vería ninguna señal de socorro que pudiera enviar.

Señal de socorro, se burló de sí mismo. *Estás siendo fantasioso. Esto debe ser algún malentendido.*

Simplemente no podía, por su vida, entender qué podría ser.

Un sonido junto a la puerta le hizo mirar hacia allá, luego correr hacia la puerta y levantar el pestillo, tirando de él inútilmente mientras la puerta seguía obstinadamente cerrada. Sin embargo, algo estaba siendo empujado a través del estrecho espacio entre la puerta y el suelo de piedra, algo que le tomó varios momentos reconocer como una cuerda desenrollada siendo introducida en la habitación.

—¡Señorita Patton! —gritó—. O quien sea que esté ahí fuera, ¡abra esta puerta *inmediatamente*! ¡O le estrangularé con esta maldita cuerda cuando le ponga las manos encima!

Fuera de la puerta, Perséfone se estremeció. Sin embargo, había sabido, desde el momento en que puso las hierbas soporíferas en el té, que no había vuelta atrás. Estaba comprometida con su curso de acción, y debía llevarlo a cabo o sufrir consecuencias inimaginables.

—Lance la cuerda por la ventana, Lord Blaymire —dijo, hablando en voz alta para ser escuchada a través de la pesada puerta—, y ataré una cesta para que usted la suba.

—¿Está usted *loca*, mujer? —le oyó gritar, y ella se estremeció mientras comenzaba a descender las escaleras de nuevo—. ¡Explíquese!

Los golpes y gritos se desvanecieron mientras llegaba a la planta baja y salía trotando. De pie en el huerto de la cocina a plena vista de la ventana de la torre que daba en esa dirección, esperó y vio la ventana abrirse y la cuerda comenzar a descender unos minutos después.

Al menos su ira no lo cegaba a la razón. O tal vez era el hambre; ella no había dejado comida en el estudio. No se había atrevido a tomarse mucho tiempo en caso de que hubiera calculado mal la dosis en el té y él despertara.

La cuerda llegó al suelo, y Perséfone ató el extremo al asa de la cesta que había preparado con pan, jamón, queso y una jarra de piedra tapada de cerveza. Sospechaba que Lord Blaymire no bebería té si ella se lo proporcionaba.

—¡Ya puedes subirla! —gritó, y aunque sabía que él no podría verla desde este ángulo, la cuerda se tensó y la cesta comenzó a ascender lentamente. Pensó que no sería capaz de maniobrar la cesta a través de la estrecha ventana, pero podría sostenerla en el alféizar y vaciarla con facilidad.

—¡Sube aquí! —oyó que gritaba a lo lejos, débilmente sobre la fresca brisa marina—. ¡Quiero hablar contigo!

Ella ciertamente no quería hablar con *él*. Dándose la vuelta, regresó a la puerta de la cocina, solo para ser interceptada por la señora Conkle, con las manos en las caderas.

—No quiero tener nada que ver con esto, señorita Patton —dijo.

Perséfone asintió vigorosamente.

—Estoy completamente de acuerdo, señora Conkle. De hecho, ¿no estaba usted hablando de llevar a Jacob de visita a la granja de su hermano? —ante el asentimiento de la mujer, Perséfone continuó—: Deberían ir. Hoy. Quédense al menos hasta Navidad. Les daré a ambos sus salarios hasta el próximo día de pago trimestral.

Los labios de la señora Conkle se tensaron, y Perséfone pudo ver que lo estaba considerando. El ama de llaves sabía que Perséfone tramaba algo, pero afortunadamente *no* sabía que el hombre en la habitación de la torre era Lord Blaymire, quien técnicamente era su empleador, ya que era su dinero el que Perséfone recibía cada mes para gastos y con el que pagaba a los Conkle.

—Mi hermano nos ha estado pidiendo que lo visitemos desde hace tiempo —dijo finalmente el ama de llaves—. Su esposa tuvo otro bebé y podrían necesitar ayuda. Jacob puede trabajar en la granja. ¿Está segura de que estará bien sola, señorita?

—Por supuesto —dijo Perséfone demasiado rápido.

La señora Conkle la consideró por unos minutos, y luego asintió a regañadientes.

—La conozco desde hace mucho tiempo, señorita Patton, y no es usted ninguna tonta. Solo espero que sepa lo que está haciendo.

—Por supuesto. —Perséfone hizo todo lo posible por sonar confiada, cruzando los dedos detrás de la espalda—. Los echaré de menos, a usted y a Jacob, por supuesto, pero estaré perfectamente bien, se lo prometo.

—Hm. —El ama de llaves no dijo nada más, sin embargo, y simplemente se alejó, dirigiéndose a sus habitaciones para hacer una maleta. Perséfone se apresuró a su propia habitación para sacar

su dinero, contando lo que se les debía a la señora Conkle y a Jacob por el próximo trimestre y añadiendo varias monedas más.

En menos de una hora, despidió a la pareja mientras caminaban por el sendero hacia Hearstmouth, donde podrían tomar una diligencia a Lancaster. Desde allí, era solo un corto paseo hasta la granja del hermano de la señora Conkle. Llegarían al anochecer, y Perséfone estaría completamente sola... salvo por un lord muy enojado encerrado en el estudio de su tío.

Tendría mucho trabajo que hacer, aunque al menos la señora Conkle había horneado pan esa mañana y dejado una gran olla de estofado en la estufa, que mantendría alimentados a Perséfone y a su señoría durante un par de días. Podría soltar su caballo en el campo con el poni y las dos cabras lecheras; había abundante hierba, y si veía que el animal adelgazaba, siempre podría proporcionarle algo de avena o hacer que uno de los granjeros locales trajera algo de heno. O quizás no, mejor tomar el carro y recoger el heno ella misma... no quería que nadie tuviera la oportunidad de oír a su señoría gritando desde la ventana de la torre como lo estaba haciendo actualmente, tratando frenéticamente de atraer la atención de Jacob y la señora Conkle mientras se marchaban.

Perséfone dudaba que alguien hubiera impedido alguna vez que Lord Blaymire hiciera algo en la totalidad de su privilegiada vida. Se encontró esbozando una pequeña sonrisa mientras volvía a entrar en la torre.



Samuel no podía creer que tuviera que subir una cesta hasta su ventana como en algún tipo de ridículo cuento de hadas, solo que era él quien estaba encerrado en la torre y no Rapunzel. Ni siquiera podía meter la cesta por la maldita ventana y tuvo que atarla en su lugar antes de vaciar el contenido sobre la mesa.

Al menos la comida era buena. ¿Sería algún efecto secundario de haber sido drogado lo que la hacía tan sabrosa? Irritado sin razón por lo buena que era, Samuel, sin embargo, comió hasta la última miga.

Acercándose a la ventana, volvió a colocar los platos vacíos y la botella en la cesta y se preparaba para bajarla de nuevo al suelo cuando divisó dos figuras que se alejaban del castillo por el sendero que él había seguido viniendo desde Hearstmouth. El hombre era una figura enorme y desgarbada que Samuel estaba bastante seguro de que era Jacob, el mozo de cuadra de ayer. La mujer llevaba un sencillo vestido negro, con una cofia cubriendo su cabello, pero incluso desde atrás sabía que no era la señorita Patton. Esta mujer era más delgada, sin las exuberantes curvas de su captora. Se había esforzado por mantener sus ojos apartados de la figura de la señorita Patton, demasiado consciente de que era su pupila y no tenía ningún derecho a pensar en ella en esos términos.

—¡Eh! —gritó, agitando el brazo por la ventana, esperando que la mujer se diera la vuelta. No estaba seguro de si sería capaz de hacer que Jacob entendiera que necesitaba ayuda, mucho menos que se volviera contra su señora—. ¡Eh, ahí! ¡Ayuda!

Sin embargo, ni Jacob ni la mujer miraron alrededor o dieron alguna otra indicación de que pudieran haberlo oído. Aunque Samuel continuó gritando y agitando el brazo, no pasó mucho tiempo antes de que desaparecieran de vista tras el promontorio.

—Maldita sea —murmuró, finalmente rindiéndose y volviendo a meter el brazo por la ventana, apretando los dedos y frunciendo el ceño cuando se dio cuenta de lo fríos que estaban. Con la ventana abierta, la habitación se estaba enfriando rápidamente—. Debería encender un fuego.

Mirando fijamente la chimenea, Samuel se dio cuenta con consternación de que no tenía la más mínima idea de cómo limpiar el hollín y las cenizas y volver a preparar un fuego nuevo.

Al menos sé que las cenizas viejas tienen que limpiarse, trató de consolarse. Recordó que había visto una pala y un cepillo en el estante junto al cubo de carbón en el armario. También podría tirar las cenizas por el retrete.

Impresionado consigo mismo por encontrar una solución, Samuel se sintió algo menos complacido cuando logró barrer la primera palada de cenizas directamente hacia su cara. Tosiendo, barrió con más cautela y pronto tuvo una chimenea más o menos limpia.

Había encendido fuegos preparados varias veces, e intentó pensar en la estructura. Palos más pequeños colocados en un entramado en la parte inferior con algo de carbón encima, y luego añadir leños una vez que el fuego estuviera bien encendido, pensó que podría funcionar.

El fuego se apagó dos veces, pero finalmente logró encender una agradable llamita. Haciendo una mueca al ver sus manos ennegrecidas, Samuel fue al retrete para lavarse. Se vio de reojo en un pequeño espejo en la pared y se rio con pesar, limpiándose las cenizas con un paño húmedo. —Al menos ahora aprecio mejor la habilidad de los sirvientes que encienden el fuego cada día —murmuró, añadiendo otro leño a las llamas. La habitación se estaba caldeando bien.

Dando una vuelta inquieta por el estudio, Samuel supuso que bien podría elegir un libro e intentar entretenerse hasta que la señorita Patton decidiera comunicarse con él. Por frustrante que fuera tener que esperar sus caprichos, reconocía que actualmente no tenía otra opción.

Examinando las estanterías más de cerca, encontró varios libros que parecían interesantes. Seleccionando uno sobre arquitectura, tomó asiento junto al fuego. Apenas había abierto la tapa cuando un sonido inesperado llegó a sus oídos: un pianoforte siendo tocado, y por una música excepcionalmente dotada, si no se equivocaba.

Sorprendido, Samuel bajó el libro. ¿Era la señorita Patton quien tocaba? No tenía idea de que fuera musical. Aunque, en realidad, no sabía nada de ella. Se sintió incómodo por ello. Había sido su tutela durante casi un año, y no le había escrito ni una sola carta personalmente, delegando la responsabilidad en su secretario. Si se hubiera molestado, ¿podría haberse evitado

esta situación? Si se hubiera tomado el tiempo de preguntarle a la señorita Patton lo que quería, en lugar de decidir que traerla a Londres y entregársela a su madre para que la presentara en sociedad y la casara era la mejor manera de quitársela de encima?

No reconocía la música que tocaba, y se preguntó si sería una composición propia. Era una melodía ligera y encantadora, engañosa en su simplicidad; probablemente requería mucha habilidad para tocarla.

Después de terminar la pieza, comenzó otra que tampoco conocía. Tras tocar durante unos minutos, hizo una pausa y empezó a probar acordes, intentando diferentes variaciones de la melodía. Sí, definitivamente estaba componiendo.

Olvidado el libro, Samuel podría haber escuchado la música durante horas, de no ser porque empezó a sentirse incómodo en la dura silla. Levantándose, dio una vuelta por la habitación, explorando sin mucho entusiasmo. Descubriendo un cajón que no había notado antes en la mesa, lo abrió para encontrar material de escritura: una pila de pergaminos, un frasco de tinta y varias plumas pulcramente recortadas.

Debería escribirle una nota ahora. Disculparme por no haberlo hecho antes y preguntarle qué espera ganar manteniéndome prisionero. Tenía que haber algo; simplemente aún no tenía la información para desentrañarlo.



CAPÍTULO CINCO

AL MEDIODÍA, PERSÉFONE HIZO una pausa en su interpretación y salió para ver si Lord Blaymire había bajado la cesta de nuevo. Así lo había hecho, con el plato y la jarra vacíos del desayuno dentro. Al sacarlos, descubrió una nota debajo.

Perséfone hubiera preferido no leer la nota, pero supuso que era mejor hacerlo. Después de rellenar la cesta con la comida que había traído y llevar todo lo demás adentro, se sentó a la mesa de la cocina y desdobló el papel, notando con sorpresa que la letra de Lord Blaymire era delgada y bastante irregular, muy diferente de lo que había pensado. *Debe de tener normalmente un secretario que redacte su correspondencia*.

Mi querida señorita Patton:

No puedo comprender qué es exactamente lo que cree que va a ganar poniendo a ambos en esta situación. Sin embargo, estoy bastante seguro de que la situación se resolverá de manera mucho más amistosa si empieza por decirme qué es lo que quiere.

No puede esperar que la situación continúe por mucho tiempo; mi madre me espera de vuelta en Londres en no más de una semana más o menos con usted acompañándome, y puede estar segura de que se tomarán medidas si no me presento. Abramos un diálogo y, con suerte, evitemos cualquier desagrado que de otro modo seguramente ocurrirá.

Su amigo,

Samuel, Lord Blaymire

—¿Mi amigo? —Perséfone resopló, tentada de arrojar la nota al fuego—. ¡En una nota llena de amenazas y advertencias, se llama a sí mismo mi amigo!

Alisando el papel, consideró la información que quizás sin darse cuenta le había proporcionado. Si su madre lo esperaba de vuelta en Londres, entonces Perséfone necesitaba cambiar eso. Y ya que había sido tan amable de proporcionarle una buena muestra de su letra... bueno, Perséfone

siempre había sido capaz de imitar la escritura de otros con una habilidad inusual.

Pasaría la tarde redactando una carta a su madre con una buena razón por la que debería retrasarse unas semanas. Tal vez le diera un impulso de visitar una de las propiedades más remotas de los Blaymire; había propiedades en Escocia, recordó de una de sus muchas conversaciones con su tío, incluyendo una extremadamente remota en la Isla de Jura. Un viaje de ida y vuelta podría tomar cómodamente un mes. Una declaración de que la señorita Patton debería ser esperada en Londres alrededor de Año Nuevo, y Perséfone se compraría el tiempo suficiente para escapar.

Si iba a Hearstmouth y enviaba la carta por la mañana, debería llegar a Londres mucho antes de que Lady Blaymire comenzara a preocuparse por la no llegada de su hijo y así evitar cualquier investigación sobre su paradero. Complacida con la idea, Perséfone tomó la nota y regresó a su habitación, decidida a dominar la imitación de la letra de Lord Blaymire lo antes posible.

Le llevó todo el día —y muchas iteraciones arrojadas al fuego— antes de que finalmente tuviera una carta que pensó que Lady Blaymire podría creer que fue enviada por su hijo. Elegir el saludo y la despedida fue la parte más difícil, pero al final comenzó la carta con *Querida madre* y la cerró con *Tu hijo que te quiere, Samuel, Lord Blaymire*.

Sellar la carta también le dio una pausa, ya que definitivamente había visto un anillo de sello en la mano de Lord Blaymire con el que probablemente solía sellar las cartas. Pero después de examinar su propia correspondencia, encontró un sello en una, supuestamente de él, que se había roto solo por el borde, dejando intacta la impresión del sello de la baronía. Un poco de trabajo con un cuchillo de cartas caliente pronto hizo que la cera se transfiriera, y Perséfone terminó el día sintiéndose bastante complacida consigo misma y un poco más confiada en que el plan que había concebido en un destello de locura el día anterior podría funcionar después de todo.



Frustrado cuando no llegó respuesta a su nota ni en la cesta del almuerzo ni en la de la cena, Samuel pasó una noche incómoda durmiendo en el diván de cuero. Al menos tenía una manta, pero el diván no era de ninguna manera lo suficientemente largo para acomodarlo y era demasiado estrecho además. En un momento dado, se cayó y aterrizó en el suelo, enredado en la manta y maldiciendo el día en que decidió visitar la Torre Kyneton.

La mañana trajo una lluvia intensa, que no impidió que la señorita Patton se aventurara afuera después de enviarle el desayuno. La observó desde la ventana de la torre mientras enganchaba un poni y lo ataba a un pequeño y pulcro carro antes de subir ágilmente y partir por el camino hacia Hearstmouth, envuelta cómodamente en una gruesa capa gris.

Tengo que hacer que hable conmigo. Recordando la nota que había escrito el día anterior, Samuel supuso que había sido bastante oficial en el tono, incluso si solo contenía verdades...

según él las veía. Tomando otra hoja de papel del cajón, consideró cuidadosamente antes de redactar otra nota.

Estimada señorita Patton:

Dado que me está alimentando y se ha asegurado de que tenga combustible para el fuego, debo asumir que no pretende hacerme daño y, además, debe planear en algún momento liberarme. Evidentemente, sus razones son suyas propias, y no desea que yo las conozca, lo cual es su elección. Sin embargo, me gustaría pedirle que me haga el favor de informarme cuánto tiempo pretende mantenerme aquí.

Haciendo una pausa para considerar sus palabras, Samuel sostuvo su pluma sobre el tintero por un momento antes de sumergirla de nuevo y añadir unas cuantas frases más.

Gracias por el concierto improvisado de ayer. Disfruté enormemente de su interpretación, aunque no reconocí la pieza; ¿es de su propia composición? Me complacería discutir sobre música con usted, ya que es uno de mis intereses, si no desea abordar otros temas en este momento.

Esta vez, simplemente lo firmó como *Samuel*, pensando que su nombre completo y título eran demasiado formales para una nota amistosa. Hizo una mueca solo de ver el saludo porque no podía hacerlo menos formal; ni siquiera sabía el nombre de pila de la señorita Patton.

Esa sería una de las primeras cosas que le preguntaría si pudiera lograr que hablara con él, decidió. O tal vez en su próxima nota si ella no se dignaba a responder a esta.

Esperó hasta que vio el carro con el poni traqueteando de vuelta por el camino alrededor del mediodía —aunque con las nubes pesadas cubriendo el cielo era difícil estar seguro— antes de poner la nota en la cesta, cubriéndola con el paño a cuadros que ella siempre ponía encima, y dejarla bajar de nuevo hasta el suelo.

La señorita Patton volvió a tocar el piano esa tarde, y esta vez, se ciñó a piezas más convencionales. Reconoció a Handel, Bach y una pieza que le pareció ser de Salieri. Todo ello interpretado con una habilidad extraordinaria digna de una música profesional. No pudo evitar preguntarse si ella albergaría ambiciones en esa dirección; aunque, como mujer, podría enfrentarse a algunos obstáculos si intentara seguirlo como carrera. Sin mencionar a su madre, quien se horrorizaría por completo si la señorita Patton intentara algo así mientras estuviera relacionada con su familia.

La música continuó hasta que cayó el crepúsculo, que en esta época del año llegaba temprano en la tarde. Samuel calculó que serían alrededor de las cinco de la tarde o un poco más tarde. Si hoy transcurría igual que ayer, la señorita Patton le enviaría la cena alrededor de las siete después de dar un silbido agudo para avisarle que era hora de subir la cesta.

Aún no se había molestado en levantarse para encender una vela, la habitación solo iluminada por las llamas que crepitaban suavemente en la chimenea. Casualmente estaba de cara a la

puerta, así que cuando un resplandor dorado apareció de repente por la rendija de la base, se incorporó bruscamente y prestó atención. —¿Señorita Patton? —Se apresuró hacia la puerta—. ¿Es usted?

Se oyó un leve sonido de arrastre, quizás un taburete siendo colocado junto a la puerta, y luego ella dijo:

—Sí, Lord Blaymire. Soy yo.

Está lista para hablar.

Cogiendo una de las sillas de al lado de la chimenea, la llevó hasta la puerta y se sentó, pensando rápidamente en qué debería decir primero. Si la antagonizaba, podría simplemente levantarse e irse, dejándolo sin las respuestas que necesitaba.

—Gracias por otro concierto esta tarde —dijo con cuidado—. Su manera de tocar es verdaderamente excepcional.

—Gracias, mi lord.

—¿Cree que podría llamarme Samuel? Me avergüenza admitir que no conozco su nombre de pila, pero me gustaría que fuéramos menos formales entre nosotros.

El silencio se prolongó un poco, pero el resplandor fuera de la puerta —de una linterna, pensó— no se movió. Finalmente, ella dijo:

—Mi nombre de pila es Perséfone.

No pudo evitar soltar una pequeña risa. —Qué curioso; no recuerdo haber comido semillas de granada, y sin embargo no puedo irme. ¿Debo permanecer aquí hasta que llegue la primavera, entonces?

Samuel se sintió aliviado al escuchar una risa en respuesta seguida de:

—No. No hasta la primavera.

—¿Me contarás tus planes, Perséfone? Es evidente para mí que estoy a tu disposición, pero me pregunto si hay otra manera aparte de este curso que pareces haber elegido.

—Mi rumbo está fijado, mi lord... Samuel. Lamento que te cause inconvenientes.

Pensó que lo decía en serio. Sonaba arrepentida. Estaba a punto de presionarla sobre cuánto tiempo pretendía mantenerlo cautivo cuando ella habló de nuevo, cortando sus palabras. —¿Hay algo que necesites para tu comodidad actual, Samuel? ¿Cómo va la leña?

—Hay suficiente aquí para unos días más, quizás una semana —dijo—. Agradecería algo de jabón, sin embargo, y ropa limpia. Dudo que podamos meter una bañera por la ventana, así que debo contentarme con lavarme en la jofaina.

—Muy bien, te enviaré algo de jabón, y creo que la ropa de mi tío te quedará bastante bien. Mañana tendrás que subir más leña también; no deseo que te quedes sin ella. —Un ruido de arrastre alertó a Samuel de que se estaba moviendo, y luego dijo—: Bajaré ahora a terminar de preparar la cena. Espero que no te importe mi cocina sencilla.

—¡Espera! No te vayas —dijo rápidamente.

—Me temo que debo hacerlo, de lo contrario no tendrás cena, y entonces comenzarás a replantearte tu suposición de que no pretendo hacerte daño.

Podía oírla empezar a descender los escalones.

—¡Por favor, vuelve a hablar conmigo después de la cena, entonces! —gritó, esperando que aún pudiera oírlo—. ¡O mañana!

—Mañana —oyó, débilmente, antes de que la tenue luz bajo la puerta se desvaneciera.

Frustrado, Samuel se permitió un pequeño rugido de rabia y un golpe de sus puños en la puerta. —¡Eso fue inútil! —se recriminó—. ¡No he aprendido nada!

Sin embargo, al calmarse, se dio cuenta de que eso no era del todo cierto. No, ella no le había contado sus planes, pero había acotado el marco temporal; no planeaba mantenerlo aquí hasta la primavera, pero sería más de una semana, de lo contrario no habría propuesto enviar más leña. Y había aprendido su nombre.

—Perséfone —murmuró, reclinándose en su silla, viendo su rostro en su mente, estrecho e inteligente, su cabello oscuro arreglado con sencillez. Era un enigma, y uno hermoso además. ¿Dónde había aprendido a tocar así? ¿Qué esperaba ganar manteniéndolo como rehén durante varias semanas al menos? ¿Cómo podía esperar salirse con la suya?



CAPÍTULO SEIS

MIENTRAS REMOVÍA LA OLLA de estofado en la estufa, Perséfone suspiró profundamente y se pasó una mano ligeramente sucia por la cara.

Habían pasado cinco días desde que encerró a Lord Blaymire en la torre, y había evitado subir a hablar con él de nuevo, su conciencia la atormentaba intensamente. Al menos tenía la excusa de estar ocupada; donde normalmente la señora Conkle y Jacob hacían la mayor parte del trabajo en la casa, ahora Perséfone se quedaba a cargo de todo: desde ordeñar las cabras hasta cocinar todas las comidas, desde mantener la estufa con combustible hasta limpiar los fuegos, excepto el del estudio, por supuesto. Aunque sabía cómo hacer todo, nunca antes había tenido que arreglárselas completamente sola, y descubrió que resentía bastante el tiempo que le tomaba, dejándole solo una hora más o menos para practicar su música cada día.

—Debo acostumbrarme —se dijo con firmeza, llevando una brazada de leños partidos desde el cobertizo hasta la cocina, bendiciendo silenciosamente a Jacob por haber cortado y almacenado allí leña suficiente para todo el invierno—. Cuando viva en América, no tendré dinero para desperdiciar en sirvientes.

Pero entonces, tampoco planeaba tener una casa enorme y un hombre hambriento que alimentar. Su plan era una bonita casita en algún lugar, idealmente en un pueblo donde pudiera comprar su pan y otros suministros sin tener que perder medio día una vez cada semana o así para ir de compras.

Deteniéndose para remover el estofado nuevamente, Perséfone asintió al ver que apenas comenzaba a burbujear, vertió otra taza de agua y puso la tapa. Unas horas a fuego lento y estaría listo, proporcionando una buena cena para ese día y el siguiente también.

Quería ir a tocar, pero otra nota había bajado en la cesta después del desayuno esa mañana, una nota que decía simplemente:

Por favor, ven a hablar conmigo, Perséfone. Me estoy volviendo un poco loco por el aislamiento.

Tu amigo,

Samuel.

Subiendo las escaleras, miró con nostalgia la puerta de su sala de música pero siguió subiendo, deteniéndose en la parte superior y tomando asiento en el pequeño taburete que había dejado allí la última vez. —¿Samuel? —llamó—. ¿Estás ahí? —De inmediato, quiso patearse a sí misma por una pregunta tan estúpida: ¿dónde más estaría?

—Estoy aquí.

Escuchó sus pasos y el roce de una silla mientras la acercaba a la puerta.

—¿Cómo estás hoy, Perséfone? El clima se está volviendo frío, y te vi afuera bajo la lluvia. No debes enfermarte.

Estaba siendo considerado, pensó, pero luego... si ella se enfermaba, ¿quién lo alimentaría?

—Estoy bien, gracias. Y tú... ¿no estás demasiado aburrido, espero?

—Estoy aburrido —lo admitió sin rodeos, sin intentar minimizar la verdad—. Pero no tanto como podría estarlo. La colección de libros de mi tío es ecléctica, por decir lo menos; he leído varios fascinantes y he acumulado una pequeña pila para leer a continuación.

—Eso es bueno. De nuevo... lo siento.

—¿Por qué?

—¿Por qué lo siento?

—¿Por qué me has encarcelado? He estado devanándome los sesos, tratando de entender. ¿Qué es lo que crees que ganarás, y cómo crees que te saldrás con la tuya?

Se mordió el labio, su conciencia pinchándola. ¿Qué daño podría hacer, realmente, explicarle todo? Él no podría impedir que llevara a cabo su plan... y ella no tenía intención de contarle su destino final. —Casi tengo veinticinco años —dijo finalmente.

—En efecto, pero no debes preocuparte por eso. Estoy seguro de que no será considerado por... —se interrumpió a mitad de la frase, sorprendiéndola—. Allí voy de nuevo, haciendo suposiciones. Perdóname, Perséfone. Decías...

—En mi cumpleaños número veinticinco, ya no serás mi tutor. El dinero que mi madre y mi tía me dejaron será mío sin condiciones. Todo lo que necesito hacer para reclamarlo es asistir a la oficina del abogado que mi tío usaba en Manchester.

—Ya veo. —La voz de Samuel era tranquila, pensativa—. ¿De cuánto dinero estamos hablando? No tenía la impresión de que fueras una gran heredera. Aunque, admito, no presté mucha atención cuando mi secretario mencionó el asunto.

—Alrededor de cinco mil libras en total. Nada de consecuencia en el mercado matrimonial, ciertamente, pero más que suficiente para vivir una vida muy cómoda.

No dijo nada durante uno o dos minutos, aparentemente pensando en lo que ella acababa de decir. —¿Ya tienes a alguien con quien deseas casarte, entonces? —preguntó finalmente—. Si planeas vivir de tu herencia, presumiblemente eso significa que tu pretendiente no tiene ninguna... ¿o lo amenazan con desheredarlo si se casa contigo?

—¿Cómo llegaste a esa conclusión? —preguntó, asombrada—. ¿Cuándo sugerí alguna vez que tenía el matrimonio en mente?

—Te pido disculpas. —Sonaba contrito; ella deseaba poder ver su expresión—. Parece que tengo un terrible hábito de sacar conclusiones precipitadas contigo, y completamente incorrectas. ¿Me lo explicarás, entonces?

—Planeo dejar Inglaterra e ir a América. Con mi propio dinero, puedo establecerme tranquilamente en algún lugar y vivir como me plazca. Componer mi música y tal vez venderla a un editor, o imprimirla yo misma... —Dándose cuenta de que estaba diciendo demasiado, Perséfone cerró la boca de golpe. Samuel había escuchado su música original y podría reconocerla si la escuchara tocar en algún momento en el futuro, usándola para rastrearla.

—¡América! Pero... ¿por qué? ¿Siquiera conoces a alguien allí?

—No, pero ¿por qué importaría eso? Apenas conozco a alguien aquí. —Sintiéndose irrazonablemente molesta porque él no entendía, suspiró—. Simplemente no lo ves, ¿verdad? Eres un hombre y el jefe de tu familia, además. ¡Las mujeres pasamos nuestras vidas siendo instruidas sobre dónde vivir, qué hacer, cómo pensar, qué deberíamos querer!

Estaba gritando, se dio cuenta Perséfone, y bajó la voz. —Quiero elegir por mí misma.



Aturdido, Samuel apoyó la cabeza en sus manos, preguntándose qué decir. No estaba seguro de si estar furioso —¿todo esto porque ella no quería casarse?— o maravillado por su determinación. Y sí, su inteligencia. Porque si realmente podía llegar al abogado después de su vigésimo quinto cumpleaños y reclamar su dinero, realmente podría subirse a un barco y desaparecer más allá del alcance de cualquier venganza que él pudiera intentar por sus acciones.

—¿Y cuál es, entonces, tu plan para mí? —preguntó finalmente.

—Te dejaré provisiones suficientes para al menos una semana —dijo rápidamente—. Cuando esté a punto de abordar el barco, le daré al abogado una carta con instrucciones para que la abra cuando el barco haya zarpado. Él se encargará de que seas liberado de inmediato. ¡De verdad, no pretendo hacerte daño!

—Eso veo —concordó él con cierta renuencia—. Aun así, no creo que puedas lograrlo. Mi madre ya debe estar preguntándose dónde estoy, y si no regreso a Londres en unos días, enviará hombres a buscarme.

—No lo hará. Le envié una carta.

—¿Cómo dices? —Sorprendido, Samuel levantó la cabeza de golpe, mirando fijamente la puerta, deseando por centésima vez poder ver a través de ella—. ¿Y qué podrías haberle dicho a mi madre que no la haga preocuparse cuando no llegue a casa a tiempo?

—Oh, yo no le dije nada. *Tú* lo hiciste. Soy bastante buena imitando la letra, ¿sabes? Así que le escribí una carta de tu parte, diciendo que planeabas visitar Kintarrick Lodge en la Isla de Jura y que me recogerías para escoltarme a Londres de camino de regreso.

—Kintarrick Lodge... ¿cómo sabes siquiera de...? Ah, claro, el tío Matthew te lo contó —Samuel gimió en voz alta—. Probablemente recordó los veranos que pasó allí con mi padre cuando eran niños. Mi padre solía hablar de ello a menudo.

—Exactamente —Perséfone sonaba muy satisfecha consigo misma, y Samuel admitió que, en efecto, habría tenido una buena oportunidad de evitar las sospechas de su madre... de no ser por el hecho de que había vendido Kintarrick Lodge hacía apenas tres meses, y su madre estaba al tanto de todo.

En lugar de evitar las sospechas de su madre, la carta la pondría en máxima alerta. Sin embargo, Samuel no dijo nada, porque después de todo... *estaba* encerrado en una torre.

—Ojalá me hubieras hablado de tus ambiciones de ser compositora en nuestra primera conversación —dijo al fin con suavidad—. Si no deseas casarte, ciertamente no voy a obligarte a hacerlo, y no necesitas vivir de tu propio dinero. Poseo numerosas propiedades donde podrías establecerte cómodamente, ¡incluyendo esta misma, si llega el caso! Todo lo que realmente necesitas para que tu elección sea respetable es una dama de compañía, y eso se consigue fácilmente.

—¿De verdad me habrías escuchado?

Sonaba escéptica, y Samuel supuso que no podía culparla por ello. Había llegado a la Torre Kyneton completamente seguro de que sabía exactamente qué hacer con ella, la había desestimado cuando intentó decirle que no quería ir a Londres. ¿La habría escuchado si no fuera literalmente un público cautivo?

—Te estoy escuchando ahora, Perséfone. Podrías simplemente abrir la puerta y dejarme salir. Podemos hablar más, hacer un plan.

Hubo un largo momento de silencio, tan largo que Samuel empezó a preguntarse si se habría ido y él simplemente no la había oído moverse. Finalmente, sin embargo, dijo con voz queda—: No puedo.

—¿No confías en que no te arrastre a Londres como a una niña desobediente y te case con el primer hombre que lo pida?

—¡Eso lo has dicho tú, no yo!

—Admito que estoy un poco tentado —dijo él—, pero no soy un hombre irrazonable, Perséfone, y me parece que me equivoqué primero al no escuchar tus preocupaciones, al no consultarte sobre tu propio futuro. Puedo ver que pensaste que no te quedaban opciones, y lo siento por eso. Vas a tener que confiar en mí.

—No puedo —su voz se quebró en lo que él estaba bastante seguro que era un sollozo, y luego oyó que su taburete raspaba la piedra. Esta vez realmente se iba, se dio cuenta.

—Ven a hablar conmigo mañana —dijo rápidamente—. Por favor, Perséfone. Hay otras salidas a esto. Solo... sigue hablando conmigo.

—Mañana —dijo ella, con voz ahogada, y luego la oyó bajar las escaleras.

Frustrado, preguntándose si se había acercado tanto a convencerla como creía, Samuel se puso de pie de un salto y recorrió la habitación, sacando algunos libros de los estantes al azar y volviéndolos a colocar con fuerza. Uno se sintió extraño en su mano, no el cuero y papel habituales. Lo miró con curiosidad solo para descubrir que era una caja ingeniosamente elaborada, pintada para parecer un libro cuando estaba en el estante. —¿Qué es esto? —murmuró, distraído a pesar de su enojo. Llevando la caja a la mesa, jugueteó un momento antes de descubrir que el lomo se deslizaba hacia arriba para revelar una cavidad llena de papeles doblados.

Samuel dudó por un momento, sintiéndose extrañamente como si estuviera invadiendo la privacidad de su tío, antes de decirse a sí mismo que estaba siendo tonto. Su tío estaba más allá de las preocupaciones mortales, y todo lo que había aquí le pertenecía ahora a Samuel.

Las cartas resultaron ser dirigidas a su tía por varios corresponsales durante un período de varios años. Después de echar un vistazo a algunas y no encontrar nada de particular interés, Samuel estaba a punto de meterlas todas de nuevo en la caja con forma de libro y devolverla al estante cuando la firma al final de una de ellas llamó su atención.

Tu sobrina que te quiere,

Perséfone Patton.

Clasificando las cartas con más cuidado y mirando las fechas, Samuel determinó que había cuatro escritas por Perséfone a su tía, todas aparentemente enviadas durante su única temporada en Londres varios años antes. Pensando que podrían ayudarlo a entender un poco mejor a Perséfone, Samuel encendió una vela para tener mejor luz para ver y comenzó a leer. Las dos primeras contenían poca información de consecuencia, solo descripciones de lugares donde habían estado y algunos comentarios bastante divertidos y concisos sobre las personas a las que había sido presentada. La tercera carta, sin embargo, lo sorprendió cuando encontró lo que solo podía ser una descripción de sí mismo.

Querida tía Alice,

Bueno, ya llevamos un mes completo en Londres, y dijiste en tu última carta que debería darle al menos ese tiempo antes de tomar mi determinación.

Lamento tener que informarte que no estoy más enamorada de nuestra capital y sus habitantes hoy que en nuestro primer día aquí. Ciertamente tu predicción de que conocería a un buen número de caballeros ansiosos por cortejarme ha resultado ser incorrecta, siento decirte, aunque por mi parte, no me importa en absoluto.

Nos encontramos con tu sobrino por segunda vez ayer, y me complace informar que causó una impresión bastante mejor. Es muy apuesto, lo admito, y me sorprendió descubrir que es un músico bastante bueno. Tocó el violín en una velada musical, encantando a todas las jóvenes presentes. Sin duda, si no lo hubiera visto ebrio hace unas noches y no me hubiera insultado, hoy pensaría que estoy locamente enamorada de él, pero en cambio, diré que afortunadamente he escapado de ese destino.

Mamá se ha sentido muy fatigada esta última semana; creo que las noches tardías aquí no le sientan bien. La animaré a aceptar menos invitaciones. No quisiera que se agotara por mi causa, ¡cuando ni siquiera puedo declarar sinceramente que he disfrutado de uno solo de estos interminables bailes y fiestas hasta ahora!

Aunque hay un pianoforte en la casa que hemos alquilado, como Mamá prometió que habría, no es ni de lejos tan fino como el de casa. Solo una de las muchas cosas que echo de menos de Kyneton, siendo tú y mi tío otras dos, por supuesto. Te ruego que le des mi cariño al tío Matthew, y espero verlos a ambos pronto, aunque Mamá está decidida a quedarse en Londres al menos hasta Pascua. ¡Haré todo lo que esté en mi poder para persuadirla de lo contrario!

Tu sobrina que te quiere,

Persephone Patton.

Dejando la carta a un lado, Samuel echó un vistazo al contenido de la última en el pequeño montón, pero era poco más que una breve nota que indicaba que Persephone había llamado al médico para que viera a su madre y se estaban preparando para regresar a Lancashire. La

enfermedad que eventualmente acabaría con la vida de la señora Patton había empeorado, obligándolas a acortar la temporada de Persephone.

Algo de lo que ella claramente no se había arrepentido.

Parecía que él y Persephone compartían un disgusto mutuo por Londres y la alta sociedad, pensó, mirando las otras cartas de nuevo. Ella no había intentado ocultar su desagrado por la manera frenética en que gran parte de la Sociedad malgastaba su tiempo, los chismes mezquinos y las actitudes arrogantes y prepotentes.

Actitudes que él había mostrado de manera desagradable, al parecer. Samuel se estremeció al recordar su propio comportamiento. Había perdido el rumbo tras la muerte de su padre durante un año más o menos, ahogando sus penas en la bebida, hasta que la desesperación de su madre lo sacó de ello. Ella había estado flaqueando bajo la carga de administrar las propiedades de los Blaymire sola mientras Samuel hacía todo lo posible por beber y apostar tanto de su herencia como pudiera.

Persephone había tenido toda la razón en desagradarle, incluso si aparentemente lo había encontrado apuesto. Una pequeña chispa de calidez ardió en su pecho ante ese pensamiento, sorprendiéndolo, y se encontró con una leve sonrisa en los labios.

A ella también le había gustado su interpretación con el violín, y de repente deseó sentir el instrumento en sus manos de nuevo. Hacía años que no lo tocaba, absorto en sus deberes, pero aún recordaba cómo solía perderse en la música.

Si no otra cosa, tenerlo para tocar podría ayudar a pasar el tiempo mientras estaba encerrado en esta maldita habitación de la torre.



—¿Alguna vez has tocado el violín? —preguntó Samuel cuando Persephone regresó para hablar con él la mañana siguiente. Había determinado que exigir a Persephone que lo liberara solo haría que lo dejara solo de nuevo, y no era meramente su soledad lo que le hacía querer evitar eso.

—Nunca —dijo ella—. Pero aprendí a tocar el arpa en la escuela.

—¿Fuiste a un internado? —Un poco sorprendido, se enderezó en su silla junto a la puerta.

—No como ir a Eton. —Ella soltó una pequeña risa—. Cuando era niña, mis padres vivían en Chester. Hay una escuela para niñas allí a la que asistí durante varios años.

No una escuela para la aristocracia, supuso, más probablemente atendiendo principalmente a las

hijas de la acaudalada clase mercantil, de la que Chester estaba bien provista.

—¿Y estudiaste música allí?

—Sí. —Sonaba nostálgica—. Había estado tocando el pianoforte desde que tuve edad suficiente para sentarme erguida frente al teclado, y las profesoras dijeron que no había nada más que pudieran enseñarme. De hecho, dijeron que tocaba mejor que ellas, pero también aprendí a tocar el arpa y la flauta. Tengo una flauta que toco a veces, pero no un arpa.

Estuvo a punto de ofrecerse a comprarle un arpa que pudiera tocar cuando viviera en la casa de los Blaymire en Londres, pero se contuvo y en su lugar preguntó qué más había estudiado en la escuela. El deseo de conocerla mejor lo sorprendió un poco, pero la encontraba genuinamente interesante. Más que cualquier hija mimada de la alta sociedad que hubiera conocido hasta ahora, al menos.



CAPÍTULO SIETE

CINCO DÍAS DESPUÉS

Perséfone tarareaba mientras revisaba los vestidos en su armario, considerando qué debería llevarse cuando partiera hacia América. Tenía una colección respetable de ropa solo ligeramente pasada de moda, habiendo heredado los guardarropas tanto de su madre como de su tía cuando fallecieron. Ya había remodelado muchos de ellos para adaptarlos a su figura y gustos.

—La travesía por el océano será fría —murmuró para sí misma, mirando un vestido de lana azul oscuro, pesado pero cálido, que no le gustaba particularmente—. Tal vez podría usar este para viajar. —Era voluminoso y ocuparía mucho espacio en sus maletas de otra manera. Al ver un dobladillo suelto, chasqueó la lengua y lo dobló sobre su brazo, planeando llevarlo arriba junto con su kit de costura. Así podría trabajar en él mientras se sentaba fuera de la puerta de Samuel mientras conversaban.

Aunque Perséfone había intentado mantenerse alejada, se encontraba de vuelta en la puerta de Samuel cada mañana después del desayuno, ansiosa por continuar su conversación con él. Sus charlas habían abarcado una amplia gama de temas. Él era un conversador muy interesante, y Perséfone lamentaba que pronto se iría y sus conversaciones llegarían a su fin permanentemente.

Estaba subiendo las escaleras de la torre, ansiosa por que comenzara su conversación, cuando un sonido desde fuera de la torre la hizo detenerse en seco.

¿Eran esos... *cascos de caballos*?

Bajó corriendo las escaleras, abriendo la puerta de golpe, y para su horror vio a tres jinetes deteniendo sus caballos frente a la torre, dos hombres con ropa de sirvientes y una dama muy elegantemente vestida en sus últimos años de mediana edad. Uno de los hombres ayudó a la dama a desmontar, y luego la acompañó hasta los escalones, donde Perséfone casi se aferró al marco de la puerta. No podía imaginar por qué Samuel no estaba gritando a todo pulmón para atraer su atención; era un día agradable para mediados de noviembre, y aunque el cielo estaba nublado, había poco viento. Los intrusos lo escucharían de inmediato.

—Buenos días —logró tartamudear mientras la dama se erguía frente a ella—. ¿Se han perdido? El sendero de allí las llevará a Hearstmouth...

—Ciertamente no estoy perdida —la interrumpió la dama—. Estoy exactamente donde necesito estar, en la Torre Kyneton, y hablando precisamente con quien necesito hablar: la señorita Perséfone Patton.

Perséfone parpadeó.

—Disculpe, señora, ¿nos hemos conocido antes?

La dama sonrió, mostrando hoyuelos en sus mejillas y un brillo en sus ojos azules. *Es muy bonita*, pensó Perséfone a través del pánico que casi la ahogaba.

—Nos hemos conocido, pero creo que tenías apenas diez años, así que probablemente no me recuerdes. Soy Charlotte Mather-Curtin, Lady Blaymire.

—¡Lady Blaymire! —Las rodillas de Perséfone temblaron.

—En efecto. Debería haberte reconocido en cualquier parte, querida; ¡eres la viva imagen de tu madre! —Lady Blaymire le dio una palmadita en la mejilla—. Ahora bien, ¿dónde está mi hijo?

—Yo... yo... —Perséfone se recompuso—. Lord Blaymire declaró su intención de viajar a Escocia para inspeccionar otra de las propiedades Blaymire, creo, mi lady —logró decir—. Declaró su intención de recogerme a su regreso para escoltarme a Londres. Me encuentra... ah... revisando mi guardarropa en preparación para hacer el viaje. —Levantó el vestido que aún llevaba sobre el brazo, esperando que la débil explicación pudiera distraer a la dama, sabiendo con certeza que estaba a punto de ser descubierta en cualquier momento. Esta era la madre de Samuel.

Pero, ¿por qué aún no había alertado a Lady Blaymire y sus acompañantes de su presencia?

—Qué tontería —dijo Lady Blaymire y, para horror de Perséfone, pasó junto a ella hacia el interior de la torre y miró alrededor—. Samuel vendió esa propiedad durante el verano, junto con media docena de otras que nunca tuvimos la menor probabilidad de usar. No te creo ni por un momento; francamente, no creo que él haya escrito siquiera esta carta. —Sacó un pedazo de pergamino doblado horriblemente familiar de un bolsillo de su capa y lo agitó en dirección a Perséfone—. Ahora, ¿dónde está? —Miró alrededor como si esperara que Samuel saltara de una puerta oscura.

Perséfone solo la miró sin decir palabra.

—¡Humm! —La mirada de Lady Blaymire recorrió la habitación—. Tenía razón; este lugar es completamente inadecuado para que vivas sola. ¿La señora Conkle sigue encargándose de la casa para ti?

—Sí —dijo Perséfone sin pensar—, pero en este momento está de visita con su hermano por un corto tiempo.

—¿Estás aquí sola? —Lady Blaymire parecía horrorizada—. ¡Oh, querida! No, no podemos permitir eso. Debes volver conmigo y quedarte en Hearstmouth; dejamos el carruaje allí y alquilamos caballos, ya que recordé que ese sendero sería totalmente inadecuado para un coche con cuatro caballos. Obviamente Samuel estuvo aquí, ya que lo has visto; comenzaremos nuestra búsqueda en Hearstmouth y descubriremos a dónde fue después. ¡Perseguiré a ese chico por toda esta tierra hasta que lo encuentre!

Perséfone empezaba a entender por qué Samuel hablaba de su madre en tonos que combinaban asombro y exasperación; Lady Blaymire era una especie de fuerza de la naturaleza. Su obvia buena intención era innegable, sin embargo, su preocupación por Perséfone era clara mientras tomaba sus manos.

Perséfone casi rompe en llanto, odiando tener que mentir así a la anciana obviamente amable.

—Malinterpreta el asunto, Lady Blaymire. La señora Conkle volverá esta noche —mintió, desesperada solo por ver a Lady Blaymire irse.

—Oh, ya veo. —Lady Blaymire inclinó la cabeza, dando a Perséfone una mirada comprensiva —. Y supongo que no está dentro de tus posibilidades ofrecerme algún refrigerio, ¿verdad?

A punto de discrepar indignada, Perséfone se dio cuenta de que casi había cometido un enorme error. Intentó parecer avergonzada en su lugar.

—Ojalá hubiera sabido que llegaba, Lady Blaymire. Me encuentra completamente desprevenida para recibirla.

—Está bien, querida —dijo Lady Blaymire amablemente—. En realidad, no debo demorarme; estoy decidida a encontrar a Samuel lo antes posible y descubrir exactamente qué está pasando. ¡Llegaré al fondo de esto, créeme!

—Sin duda, mi lady —dijo Perséfone débilmente, siguiendo la imperiosa estela de Lady Blaymire mientras salía.

—Y luego podrás acompañarme de vuelta a Londres, así que termina de empacar, querida. ¡Nos iremos en uno o dos días, espero! —Lady Blaymire le dio una palmadita en la mejilla con otra cálida sonrisa.

—En efecto —fue todo lo que Perséfone pudo decir, completamente abrumada por el pánico.

El hombre de Lady Blaymire la ayudó a subir de nuevo a su caballo, y el pequeño grupo se alejó cabalgando, con Lady Blaymire deteniéndose para saludar alegremente a Persephone.

Cuando desaparecieron de vista tras el promontorio, Persephone exhaló profundamente y sus piernas cedieron bajo ella. Un momento después estaba sentada en los escalones de la torre, jadeando por aire después de haber contenido la respiración durante demasiado tiempo.

¿Qué. Acaba. De. Pasar?

O más bien, ¿qué *no* había pasado, y *por qué*?

¿Por qué Samuel no había gritado para alertar a su madre de su presencia? Lady Blaymire tenía dos hombres con ella, y Persephone estaba completamente sola; no podría haberles impedido registrar la torre y encontrar a Samuel encerrado en el estudio.

Poniéndose de pie de alguna manera, se tambaleó hacia el interior y subió las escaleras, casi aferrándose a la pared para sostenerse mientras sus rodillas aún temblaban. Finalmente, llegó a la puerta del estudio y se quedó mirándola por un momento antes de derrumbarse sobre el taburete. —¿Por qué no gritaste?

Escuchó un profundo suspiro desde el interior y supo que Samuel debía estar sentado cerca de la puerta. Esperándola.

—Casi lo hice —dijo él—. Y luego pensé en lo que pasaría si lo hacía.

—¡Ahora estarías libre, eso es lo que pasaría!

—¿Y tú?

Ella ni siquiera podía imaginarlo. —Probablemente encerrada en tu lugar mientras enviabas a uno de los hombres a buscar al magistrado —dijo después de un momento de silencio.

—Si mi madre tuviera algo que decir al respecto, tal vez —dijo Samuel—. Después de lo cual, probablemente te internaría en Bedlam.

Miserable, Persephone se estremeció. —Me atrevo a decir que no es más de lo que merezco.

—O casada conmigo.

Sorprendida, casi se cayó del taburete. —*¿Qué?*

Él suspiró de nuevo. —He estado aquí solo contigo durante diez días, Persephone. Y aunque tú y yo sabemos que ha habido una puerta cerrada entre nosotros durante todo ese tiempo, excepto por unos pocos minutos, si no permitiera que te enviaran a Bedlam —y *no* lo permitiría, porque claramente no estás loca y no mereces un trato tan terrible—, entonces mi madre no toleraría otro resultado que no fuera nuestro matrimonio inmediato.

Persephone se quedó sentada con la boca abierta, el corazón palpitante. —No... yo... —

tartamudeó finalmente.

—Volverá, Persephone. No le llevará mucho tiempo averiguar que no me han visto desde que salí de Hearstmouth. Tienes suerte de que mi caballo estuviera pastando en la hondonada al pie de la colina, de lo contrario mis hombres lo habrían reconocido y el juego habría terminado ya.

Él tenía razón. Ella lo sabía. Simplemente no sabía qué hacer. Si se iba ahora, no tendría suficiente dinero para llegar a Manchester y alojarse en algún lugar hasta su cumpleaños, cuando pudiera reclamar su herencia. Solo podía arreglárselas hasta entonces porque tenía la Torre Kyneton como techo sobre su cabeza y la capacidad de enviar todas las facturas de comida y suministros al administrador de Blaymire en Londres.

Y Samuel sabía exactamente a dónde iría, de todos modos. No había escapatoria.

—No sé qué hacer —dijo con voz pequeña.

—Sospechaba que este día podría llegar, así que he estado pensando —respondió él—, y tengo un plan. Vas a tener que confiar en mí... y vas a tener que venir a Londres y desempeñar tu papel por un corto tiempo al menos, pero te prometo, Persephone, que te ayudaré a lograr tus sueños. En América o aquí, donde sea que elijas vivir, me aseguraré de que tengas acceso a tu dinero y los medios para vivir independientemente sin tener que depender de tus propios recursos.

Sonaba sincero, pero ¿cómo podía saberlo? Él diría cualquier cosa para que ella abriera esa puerta, seguramente. Persephone apoyó su frente dolorida contra la fría pared de piedra y cerró los ojos.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó finalmente.

—Me dejas salir de aquí y ensillo mi caballo, me dirijo al norte campo a través y tomo una habitación en el próximo pueblo al que llegue —dijo rápidamente—. Mi madre me encontrará mañana o pasado mañana a más tardar, afirmaré que estoy de regreso de Escocia para recogerte, y procederemos desde allí.

—¡Pero ella dijo que habías vendido la propiedad escocesa! No mencionaste eso cuando te conté lo que había puesto en la carta.

—No lo hice —admitió Samuel—. Eres lo suficientemente inteligente como para haber enviado otra carta con alguna excusa sobre que yo había estado bebiendo y olvidado la venta con otra razón inventada para mi ausencia prolongada. Sabía que mi madre se alarmaría por la carta, lo admito.

—Que es lo que querías. Por supuesto. —Difícilmente podía culparlo por eso.

—Y esa excusa, por cierto, es la que planeo darle a mi madre. Me emborraché, olvidé que había vendido Kintarrick Lodge, y estaba a medio camino de la frontera antes de que me despejara y lo

recordara. Le diré que fui a Carlisle y me quedé con un viejo amigo de la escuela allí durante unos días antes de regresar.

Es un buen plan, pensó Persephone. *Un plan viable y creíble.*

Si confiaba en que él lo llevara a cabo.

Pero no veía que tuviera muchas opciones.



Samuel levantó la vista sorprendido cuando la llave chirrió en la cerradura. La puerta se abrió lentamente revelando a Persephone de pie allí, vistiendo un pesado vestido de lana gris que no favorecía en nada su pálida complexión.

No hizo ningún intento de levantarse, aunque estaba razonablemente seguro de que podría llegar a ella antes de que pudiera cerrar la puerta de nuevo y someterla fácilmente. Si hacía eso ahora, perdería su confianza permanentemente, y no quería eso.

—¿Por qué? —preguntó ella, esos ojos tormentosos penetrándolo—. ¿Por qué harías eso por mí después de lo que te he hecho?

—Porque yo te hice daño primero. Oh, no el insulto que te infligí hace mucho tiempo cuando nos conocimos en Londres, aunque eso fue lo suficientemente atroz. No, los agravios que he estado acumulando continuamente sobre ti estos últimos meses desde el fallecimiento de mi tío, desde el momento en que decidí que estaba demasiado ocupado para asistir a su funeral y velar por tu bienestar yo mismo. Cada carta que le he ordenado a mi secretario que envíe, cada orden que he emitido casualmente y esperado que siguieras.

Ella lo miraba fijamente, con incredulidad escrita en todo su rostro. —Te encerré. —Su voz era un débil susurro.

—¡Te llevé al punto de pensar que tenías que huir del país para escapar! —Samuel extendió las manos—. He tenido mucho tiempo para reflexionar estos últimos días —le ofreció una pequeña sonrisa irónica—. El hecho de que tengas que venir a Londres y llevarte bien con mi madre durante al menos unas semanas es suficiente castigo por tu decisión de encerrarme, en mi opinión.

Finalmente, Persephone entró en la habitación, tanteando su camino hacia la otra silla, donde se desplomó y se quedó mirándolo. —Supongo que no tengo otra opción.

—Sí la tienes —discrepó Samuel de inmediato—. Si realmente lo deseas, puedes reclamar tu

herencia y partir hacia América como habías planeado.

Ella lo miró aún más sorprendida. —¿Me permitirías hacer eso?

—Sí. Pero... espero que no lo hagas. Siempre sentiría que no he hecho lo correcto contigo, siempre me preocuparía si te va bien, si eres feliz y estás a salvo. Sé honesta conmigo, Persephone, la libertad es lo que realmente deseas. Hasta ahora, simplemente has creído que América era el único lugar donde podías obtenerla. ¿Realmente quieres navegar a través del océano hacia una tierra extraña donde no conoces a nadie? Es un riesgo enorme, especialmente viajando con una suma considerable de dinero. Estaré enfermo de preocupación por ti hasta que sepa de tu llegada segura.

Persephone respiró hondo, sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó las comisuras de los ojos. Samuel esperaba fervientemente que no llorara. Las lágrimas de una mujer siempre habían tenido el poder de desarmarlo por completo.

—Deberías odiarme —susurró ella.

—Quizás el primer o segundo día aquí dentro, lo hice. Después de que me explicaras tus razones, descubrí que no podía —dijo con desgarradora honestidad—. Merezco tu odio, pero si estás de acuerdo, quizás podamos dejar el pasado atrás y empezar de nuevo.

—En Londres —dijo ella lentamente.

—Por un tiempo. Solo lo suficiente para aplacar a mi madre —le dio una sonrisa irónica—. La conociste. ¿No es obvio que es excepcionalmente mala para aceptar un *no* como respuesta? —Persephone soltó una pequeña risa ahogada, y él asintió alentadoramente—. Quédate con nosotros hasta Navidad, Persephone. Tómate el tiempo necesario para decidir dónde quieres vivir. Permíteme arreglar las cosas para que estés segura y cómoda donde desees estar. Incluso aquí, si lo deseas, aunque no puedo aprobar que vivas aquí, o en cualquier otro lugar, con tan pocos sirvientes como has tenido.

Sus labios se crisparon y ella se rio de verdad. —Ninguno, quieres decir. Al menos durante la última semana.

—Definitivamente muy pocos —le sonrió—. Un ama de llaves y un hombre para todo es un buen comienzo, pero también una o dos doncellas y una dama de compañía, alguien con quien puedas hablar, ¿tal vez alguien más que disfrute de la música? ¿Sería tan malo?

—Suena positivamente idílico —fijó sus ojos tormentosos en él, con expresión seria—. Si estás dispuesto a fingir que no te encerré aquí, entonces complacerte pasando unas semanas en Londres con tu madre es lo mínimo que puedo hacer.

—Muy bien, está decidido entonces —Samuel asintió—. Será mejor que llames a tu ama de llaves para que regrese lo antes posible; si no está aquí cuando mi madre y yo volvamos a recogerte, podrían hacerse preguntas que preferirías evitar.

Persephone asintió. —Si vas a ir al norte hasta la próxima ciudad y esperar allí a que Lady Blaymire te encuentre, ese es Lancaster, a unas diez millas de aquí. La señora Conkle se está quedando con su hermano a dos millas adicionales de allí; ¿quizás podrías enviar un mensajero con una nota mía?

—Por supuesto. Escríbela mientras reúno mis cosas y busco mi caballo... Supongo que Jacob guardó sus arreos en el cobertizo del jardín, ¿no?

En menos de una hora, Samuel se montaba en su caballo y se alejaba al trote de Kyneton Tower, dirigiéndose al norte, lejos del camino que conducía a Hearstmouth. Llevaba en el bolsillo un mapa que Persephone había dibujado para guiarlo hasta Lancaster, junto con una nota para la señora Conkle solicitando su regreso inmediato a Kyneton Tower.

Aunque empezaba a lloviznar, Samuel levantó el rostro hacia el cielo y sonrió, aliviado de estar libre y al aire libre por fin. Su prisión había sido tan cómoda como era posible, pero la libertad aún sabía extremadamente dulce.

Antes de perder de vista la torre por completo, se giró en la silla. Incluso a esta distancia, aún podía distinguir a Persephone, de pie en la puerta, viéndolo partir.

Era valiente por confiar en él, aunque la verdad es que tenía pocas opciones. Aun así, se alegraba de que ella hubiera visto las cosas a su manera. Que su madre regresara y lo encontrara retenido como prisionero de Persephone no podría haber terminado bien para ella. Ahora solo tenía que convencer a una Lady Blaymire suspicaz y molesta de que la historia que había inventado era la verdad.

Pero primero, encontrar una posada cómoda y conseguir un baño caliente, ¡algo que necesitaba desesperadamente después de diez días lavándose en una palangana con agua fría de una cisterna del techo!



CAPÍTULO OCHO

LONDRES

Ocho días después

Perséfone se asomó por la ventana del carruaje mientras este reducía la velocidad. Aunque estaba anocheciendo, pudo ver que giraban hacia una gran plaza bordeada de elegantes casas con un pequeño parque en el centro, ahora vacío de quienes podrían frecuentarlo durante el día.

—Grosvenor Square —dijo Lady Blaymire desde su asiento frente a ella, y Perséfone dio un respingo. La baronesa había estado adormilada durante gran parte de la tarde; aunque habían hecho el viaje desde Lancashire a un ritmo tranquilo, aún había sido una semana larga y agotadora de viaje con un clima cada vez más frío y húmedo.

Samuel había pasado algunas horas cada día viajando en el carruaje con ellas, pero para disgusto de su madre, pasaba al menos el mismo tiempo cabalgando afuera en su caballo, sin importar el clima. Disfrutando de su libertad, Perséfone supuso en silencio, aunque, por supuesto, no podía decirlo. Debía intentar olvidar que alguna vez había mantenido a Samuel como rehén en la Torre Kyneton, pues nada bueno podría resultar de que alguien lo supiera.

—Por fin en casa —dijo Lady Blaymire con un suspiro de satisfacción mientras los caballos se detenían con estrépito. Un momento después, un lacayo abrió la puerta, bajó el escalón y ofreció una mano a Lady Blaymire.

Perséfone siguió a la mujer mayor, mirando a su alrededor con cansancio. La oscuridad caía rápidamente, pero una cálida y acogedora luz brillaba en las ventanas de la elegante casa señorial frente a ellas.

Samuel estaba delante de ellas, de pie en la entrada hablando con el mayordomo mientras un mozo de cuadra llevaba su caballo a las caballerizas detrás de la casa. Momentos después, el carruaje también se alejó traqueteando, dejando a Perséfone parada sola al borde de la calle, observando.

Samuel la vio, bajó los escalones y sonrió, ofreciéndole su brazo para escoltarla.

—Debe estar exhausta, señorita Patton. Por favor, permítame escoltarla adentro. Bienvenida a la Casa Blaymire.

Ella tragó saliva nerviosamente. Samuel había interpretado su papel a la perfección desde que él y Lady Blaymire habían regresado a la Torre Kyneton dos días después de que Samuel se hubiera marchado a caballo. Samuel incluso le había aconsejado en voz baja que había escrito una carta a su amigo que vivía en Carlisle, y estaba seguro de que su amigo juraría que Samuel le había hecho una visita inesperada y se había quedado unos días. Su ardid había funcionado para engañar al menos a Lady Blaymire.

Subiendo los escalones del brazo de Samuel, Perséfone cuadró los hombros, diciéndose severamente que ella también podía interpretar su papel. *Solo será por unas semanas,* pensó. Samuel lo había prometido.

Aunque realmente tenía que dejar de pensar en él como Samuel porque, tarde o temprano, se le escaparía. Por lo que el resto del mundo —y más importante aún, Lady Blaymire— sabía, apenas se conocían y solo habían pasado unas escasas horas en compañía del otro. Samuel había sido cuidadoso, durante las noches de viaje mientras los tres cenaban, de hacerle preguntas inocuas, muchas de las cuales él ya sabía las respuestas. Habían tenido que fingir conocerse de nuevo, excepto que esta vez, tenían que limitarse a los intercambios triviales que la sociedad educada permitiría.

—La señora Jones te mostrará la Habitación Campanilla —dijo Lady Blaymire cuando Perséfone entró en el vestíbulo, y una mujer regordeta de rostro amable con un elegante vestido de lana gris y delantal hizo una reverencia.

—No, la Suite Narciso, madre —dijo Samuel.

Lady Blaymire se sobresaltó, mirándolo fijamente.

—¿Perdón, querido?

—La Habitación Campanilla es encantadora, pero me gustaría que la señorita Patton tuviera la Suite Narciso —su tono era bastante definitivo.

Lady Blaymire asintió con inmediata aquiescencia.

—¿Señora Jones? —Volvió a mirar a la ama de llaves.

—Media hora, milady, y tendré un fuego rugiendo allí y sábanas frescas en la cama —dijo la señora Jones inmediatamente—. ¿Quizás a la joven dama le apetezca un té?

Perséfone pensó que una taza de té caliente sonaba celestial y lo dijo de inmediato. El ama de

llaves le sonrió radiante.

—Ven a mis habitaciones y tomaremos el té juntas mientras preparan la Suite Narciso para ti, querida —Lady Blaymire tomó su mano—. ¡Pronto te instalaremos y te sentirás como en casa!

De repente, Perséfone se sintió culpable y tonta por haber armado tanto alboroto. Lady Blaymire no había sido más que amable y acogedora con ella. ¿Era realmente mucho pedir que Perséfone la acompañara en Londres durante unos meses?

—¡Revisaremos la pila de invitaciones que sin duda se han acumulado en mi ausencia, decidiremos qué eventos serán los mejores para tu debut en la Sociedad y discutiremos sobre todos los caballeros elegibles que conocerás! —dijo Lady Blaymire alegremente mientras llevaba a Perséfone escaleras arriba.

Oh, Dios.

Perséfone se sintió enferma con solo pensarlo. Mirando por encima del hombro, captó la expresión de compasión de Samuel.

Él no puede ayudarme. Ambos estamos en el mismo barco; su madre espera que él encuentre una esposa, al igual que espera que yo encuentre un marido.

Al menos, no estaría sufriendo sola. Samuel parecía disfrutar de las actividades venideras tan poco como ella, y el pensamiento le dio consuelo mientras intentaba no prestar atención a la charla emocionada de Lady Blaymire.



Dos semanas después

Perséfone se dejó caer en su cama con un suspiro, sintiendo cómo el grueso edredón relleno de plumas de ganso se hundía bajo su cuerpo. Mirando hacia las cortinas de seda amarilla del dosel sobre su cama, se sintió miserablemente desagradecida por no estar disfrutando.

—Déjeme quitarle las zapatillas, señorita —dijo su doncella, y un momento después, estaba tirando de las delicadas zapatillas de noche de Perséfone, de seda plateada bordada con diminutos cristales y perlas, a juego con su impresionante vestido de baile—. ¿Le duelen los pies? Tengo una palangana de agua tibia con sal y lavanda aquí para que se los remoje.

Las lágrimas le picaron en los ojos a Perséfone. Cada gesto considerado como este —pues sabía que Lady Blaymire habría dejado instrucciones para que el baño de pies estuviera listo a su regreso— solo la hacía sentir más culpable.

—Gracias, Sally —dijo, empujándose con cansancio para sentarse en el borde de la cama y metiendo los pies en la palangana. El agua se sentía maravillosa en sus pies cansados y doloridos.

Sally se arrodilló en la cama detrás de ella para comenzar a desabrochar su vestido.

—¿Bailó todos los bailes, señorita? Oí que Lady Blaymire está encantada de que sea tan popular entre los caballeros.

Lady Blaymire se aseguraba de que Perséfone nunca estuviera sin pareja de baile, eso era seguro. La mujer parecía conocer a todo Londres y tenía un vasto círculo de amigos, todos los cuales parecían complacidos de presentar a su hijo, sobrino, hermano o nieto a la pupila de Lord Blaymire para bailar. Bastantes caballeros parecían lo suficientemente satisfechos con Perséfone como para seguir el baile con una visita matutina después; aunque la verdad era que ella descubría que tenía poco que decir a cualquiera de ellos. A ellos no parecía importarles, tomando su silencio como un estímulo para parlotear sobre sus propios intereses, contándole sobre sus propiedades, caballos, perros o —en el lamentablemente memorable caso del Sr. Elwood— su colección de bastones tallados.

Perséfone suspiró con desánimo mientras pensaba en el Sr. Elwood, quien había pasado el último baile de la noche pisándole los pies mientras describía entusiasmado su última adquisición: un bastón de ébano con empuñadura de marfil tallada en forma de sirena. Había prometido llamar por la mañana y quizás pasear con ella alrededor de Grosvenor Square para mostrarle el bastón si el clima no era demasiado frío.

Podía sentir cómo se le nublaba la vista con solo pensarlo.

Cuatro bailes, cuatro cenas, dos veladas en el teatro, docenas de visitas hechas y recibidas, y cada mañana dedicada a ser pinchada y manoseada mientras las modistas más exclusivas de Londres le preparaban un guardarropa completamente nuevo. Apenas había tenido un minuto para sí misma y ciertamente ninguno para siquiera tocar una tecla del hermoso pianoforte que permanecía con la tapa cerrada en el elegante salón delantero de Blaymire House.

—¿Sigue despierta, señorita?

—Sí —Perséfone abrió los ojos de golpe, sorprendida al darse cuenta de que estaba acostada en la cama de nuevo, con los pies aún en la palangana de agua tibia. Sally le había quitado el vestido, las ballenas y la camisa, y le había puesto un camisón limpio por la cabeza—. Apenas —logró sonreír a la doncella.

—Necesita sentarse de nuevo, señorita, para que pueda quitarle las horquillas del cabello —Sally hizo un gesto de disculpa—. ¡De lo contrario, se pinchará durante la noche!

Apenas tenía energía para incorporarse, su cabeza cabeceando mientras Sally retiraba suavemente cada horquilla, deshacía el complicado arreglo de trenzas que había hecho unas horas antes y hacía una simple trenza que caía sobre el hombro de Perséfone.

—A la cama con usted, y a dormir, señorita. Tiene un día ocupado mañana.

Otro más. Perséfone suspiró mientras apoyaba su dolorida cabeza en la almohada. ¡Cómo deseaba estar de vuelta en la Torre Kyneton con solo el viento susurrando a través de los páramos y Samuel como compañía!

Aunque, por supuesto, si estuviera de vuelta en la Torre Kyneton, no tendría a Samuel como compañía.

Sus ojos se abrieron de par en par.

¿Por qué, cuando podría estar deseando absolutamente cualquier cosa, estoy deseando la compañía de Samuel?

No le llevó mucho tiempo percibir la respuesta.

Es el único hombre que he conocido que me ha preguntado qué quiero de la vida... y ha escuchado mis respuestas. Y ni siquiera es uno de mis potenciales pretendientes.

Ojalá lo fuera...

Fue su último pensamiento antes de que sus ojos se cerraran de nuevo y el sueño la reclamara.



CAPÍTULO NUEVE

UN GOLPECITO EN LA puerta del estudio detuvo a Samuel en medio de servirse una copa de brandy. Haciendo una mueca, dejó la licorera. —Probablemente ya he bebido suficiente esta noche —murmuró antes de alzar la voz—. ¡Adelante!

Sabía quién tenía que ser, por supuesto. ¿Quién más desearía conversar con él a las tres de la madrugada?

Lady Blaymire entró en el estudio con paso ligero y una sonrisa en el rostro, luciendo tan fresca como cuando habían salido de casa horas antes. —¡Qué velada tan encantadora! —trinó, cogiendo la copa de brandy frente a Samuel y dando un sorbo antes de sentarse y sonreírle—. Y qué éxito tan notable ha resultado ser la señorita Patton. ¡Vaya, bailó todos los bailes esta noche... otra vez!

—Porque le presentaste suficientes caballeros elegibles para reclamar bailes para cinco bailes —dijo Samuel secamente.

—Bah. —Una mano elegante descartó su comentario—. Ninguno de ellos estaba obligado a pedirle que bailara. Ciertamente, ninguno necesitaba hacerle visitas matutinas, ¡y hemos sido positivamente inundados!

Él lo sabía. Demasiado bien. La mayoría de los visitantes habían traído flores, caros capullos de invernadero, brillantes en la penumbra del invierno londinense. Estaban por toda la casa, emanando aromas exóticos cada vez que respiraba.

—Ahora, si solo *tú* te estuvieras desempeñando tan bien —dijo Lady Blaymire con énfasis.

—Me estoy desempeñando perfectamente bien, madre. —Con una mirada al brandy robado en sus manos, alcanzó otra copa.

—¡No te has levantado ni siquiera para bailar con Lady Elizabeth St. Clair desde que regresamos a la ciudad!

No había nada que pudiera decir a eso porque era perfectamente cierto. A pesar de que Lady Elizabeth se presentaba a su atención en cada evento al que ambos asistían, aunque de una manera extremadamente sutil y refinada, simplemente no había podido reunir la fortaleza para interactuar con ella. Ella no parecía importarle, charlando alegremente con cualquiera que deseara hablar con ella, aceptando bailes de multitudes de pretendientes ansiosos, después de lanzar breves miradas a Samuel para ver si él deseaba intervenir primero, por supuesto.

—¿Samuel?

—Lady Elizabeth es *tu* elección, madre —dijo, volviéndose para mirarla—. Y como soy yo quien busca esposa, me temo que necesito hacer la elección.

Lady Blaymire hizo un pequeño mohín, pero luego se encogió de hombros. —¡Es tan perfectamente adecuada para ti, querido! Pero si te has encaprichado de alguna otra dama, ¡solo tienes que decirlo! Tu título puede que no sea tan alto como algunos, pero la baronía se remonta a la conquista normanda y las arcas están cómodamente llenas. Sin mencionar que eres perfectamente agradable; cualquier dama por debajo de una princesa real debería estar encantada de ser tu esposa.

—Me haces sonar como un caballo que planeas poner a la venta —dijo Samuel con ironía—. Quince palmos de altura, buena conformación, excelentes dientes, solo el mejor linaje.

Su madre balbuceó, pero él pudo ver la risa en sus ojos. —¡Samuel! ¡Escandaloso! —Se inclinó para darle un ligero golpe en la mano—. Espero que notes que no describí así a ninguna de las damas en el mercado matrimonial.

—En efecto —concedió.

—El punto es, querido, que no hay razón por la que cualquier dama que estimes no pueda corresponder tu afecto. Todo lo que necesitas hacer es dar a conocer tu preferencia. —Lo miró fijamente, con una ceja arqueada.

El silencio se prolongó.

—¿Samuel?

Terminó su brandy y dejó la copa sobre el escritorio.

—No has elegido a nadie en realidad, ¿verdad?

Suspiró y admitió la verdad. —En los últimos dos años, he conocido a un número de jóvenes damas perfectamente agradables. Algunas, como Lady Elizabeth, serían consideradas adecuadas en todos los aspectos posibles, desde la belleza y la fortuna hasta las conexiones familiares y los modales impecables. Pero no estoy comprando un caballo, que puedo intercambiar por otro en cualquier momento que me convenga, estoy eligiendo una esposa. Alguien con quien pasar mi

vida, que sea madre de mis hijos, y quiero... más. Quiero lo que tú y padre tuvieron, una felicidad en la compañía del otro. Estar de acuerdo en todo.

La expresión de su madre se suavizó cuando habló de su padre, pero lo sorprendió riéndose. —¿Así es como te parecíamos, cariño? Dios mío, no. Ciertamente no estábamos de acuerdo en todo. Ambos teníamos nuestros propios intereses, nuestros propios amigos también. Aunque estoy de acuerdo en que es bueno compartir algunas cosas, no estoy convencida de que un matrimonio viviendo el uno encima del otro sea completamente saludable.

Samuel la miró fijamente.

Su madre señaló la licorera de brandy. —Si vamos a tener esta conversación, creo que será mejor que nos sirvas un poco más de eso a ambos.

Obedeció, un poco confundido mientras reflexionaba sobre lo que sabía, o creía saber, del matrimonio de sus padres.

—Hay trampas obvias que evitar cuando se busca un cónyuge —comenzó su madre—. Si tienes una verdadera pasión, por supuesto es una mala idea elegir a alguien que la desprecie.

—Lo cual es exactamente por qué no creo que Lady Elizabeth St. Clair y yo nos convengamos —dijo Samuel—. Ella ama Londres y el torbellino de la temporada social, me comentó más de una vez que se alegra de que sus padres rara vez elijan pasar tiempo en sus fincas rurales, ya que no le gusta "rusticar", como lo expresó.

—Ah. —Lady Blaymire asintió, la comprensión inundando su expresión—. Mientras que tú asistes a fiestas de más de cuatro amigos solo por obligación y preferirías estar en el Castillo Blaymire que en cualquier otro lugar del mundo. Bueno, me alegro de ver que la eliminaste como posibilidad basándote en consideraciones *racionales*.

—La habría hecho miserable.

—Ciertamente, ciertamente. —Sorbiendo su brandy, Lady Blaymire señaló su escritorio—. Toma una de esas hojas de papel en blanco, querido, y haz una lista. Consideremos los atributos que deseas en una esposa. Yo sugeriría que debe ser capaz de moverse en la sociedad pero de ninguna manera adicta a ella, ¿qué te parece?

—Una marcada preferencia por el campo sobre Londres —añadió Samuel, alcanzando el papel como su madre ordenó, aunque no cogió una pluma.

—¿No le importan los viejos castillos en ruinas? —Los ojos de Lady Blaymire centellearon, y él se rió.

—No debería exigirme que esté a su disposición, pero me gustaría que disfrutara de mi compañía.

—Bueno, ¡entonces debe estar lo suficientemente educada como para conversar contigo sobre una amplia gama de temas, si a menudo serán solo ustedes dos, de lo contrario se aburrirán rápidamente el uno del otro!

Samuel no pudo evitar que sus pensamientos volaran de vuelta a la Torre Kyneton. Incluso separados por una puerta cerrada, había disfrutado enormemente sus conversaciones con Perséfone, quien era obviamente culta e inteligente. Habían pasado toda una tarde discutiendo sobre *Otelo*, que al parecer era su obra favorita de Shakespeare.

—Eso me recuerda —dijo—. ¿Están representando Otelo en algún lugar de Londres en este momento?

Su madre lo miró con curiosidad.

—¿Qué te hizo pensar en eso, querido? No lo sé, debo decir, pero imagino que encontrarás los detalles en los periódicos si quieres verla.

No se atrevió a decirle que le gustaría llevar a Perséfone a ver la obra. Su madre se abalanzaría sobre ese dato como un gato hambriento sobre un ratón. Samuel necesitaba recordar que Perséfone no quería un marido. Quería paz y espacio y un lugar para componer su música donde no tuviera que preocuparse por las exigencias de la Sociedad.

En su lugar, dejó su copa de brandy vacía sobre el escritorio y se puso de pie, deseando buenas noches a su madre en un tono que dejaba claro que su conversación había terminado.

Sentándose de nuevo, miró la hoja de papel donde definitivamente no había escrito una lista enumerando todas las cualidades que le gustaría en su futura esposa. Y donde no lo haría.

Porque la verdad era que ya había conocido a la mujer que encarnaba todas esas cualidades, y muchas más. Una mujer hermosa, decidida e inteligente... que no quería casarse en absoluto.

¿Sería posible que él pudiera hacerla cambiar de opinión? ¿Convencerla de que podría tener todo lo que quisiera *y* el matrimonio? Nunca faltaría a su palabra de ayudarla a realizar sus sueños incluso si ella lo rechazaba, se lo aseguraría, pero pensaba que al menos ella lo apreciaba y respetaba. Tal vez tuviera una oportunidad de convencerla de que casarse con él valdría la pena.

Estaba tan desesperada y perdidamente enamorado de ella que no podía dejarla ir sin intentarlo, de todos modos.



—Siento despertarla, señorita, ¡pero necesita levantarse y vestirse!

Lentamente, Perséfone abrió los ojos pegajosos por el sueño. El ángulo del sol que caía sobre su cama desde las cortinas que Sally acababa de abrir le indicó que no había dormido tanto como le hubiera gustado.

—¿Qué demonios...? —murmuró—. ¿*Por qué*? —La pregunta fue un gemido miserable, y ella lo sabía.

—Lo siento mucho, señorita, pero necesita levantarse y vestirse. ¡Hay una entrega que llegará a su sala de estar privada!

Dado que la sala de estar privada estaba separada de su dormitorio por un arco sin puerta, eso significaba que quien hiciera la entrega podría ver dentro de su dormitorio, se dio cuenta Perséfone. Lo que significaba que realmente tenía que levantarse. Con un gemido, se incorporó.

—¿Qué entrega? —Frunció el ceño a Sally, quien le devolvió una sonrisa radiante, demasiado alegre para alguien que también se había acostado tan tarde... pero entonces Sally podría haber dormido una siesta durante la noche mientras Perséfone había estado fuera sufriendo pisotones en sus pies.

—¡Es una sorpresa que su señoría ordenó para usted! —exclamó Sally, agarrando el camisón de Perséfone y tirando de él hacia arriba para quitárselo por la cabeza—. Envió a su hombre especialmente para ordenarlo el primer día que llegó a Londres, lo hizo, y justo ahora está listo para ser entregado.

Sin más opción que seguir la inexorable determinación de la doncella de vestirla decentemente, Perséfone se dejó poner un vestido de mañana, su cabello cepillado y peinado mientras otra doncella arreglaba su cama. Luego siguió a Sally a la sala de estar privada de la Suite Narciso, decorada en el mismo bonito esquema de color amarillo y blanco que el dormitorio.

Sally se apresuró a abrir las puertas dobles, que daban al rellano, e inmediatamente hubo una conmoción afuera, el arrastre de pies con botas y gruñidos masculinos. Su curiosidad despertó a pesar de su mal humor por haber sido despertada tan temprano, Perséfone se paró junto a la chimenea y miró fijamente mientras cuatro hombres entraban en la habitación, cargando algo grande y obviamente pesado, cubierto con una gran tela, pero la forma... solo podía ser...

Su mano se elevó para cubrir su boca.

—Él... no lo hizo —susurró—. ¿Es eso...?

—Tu propio pianoforte. —Los ojos de Samuel se arrugaron con su sonrisa mientras seguía a los hombres a la habitación y les indicaba dónde colocar el instrumento. Otros dos hombres lo siguieron con otro artículo grande cubierto con tela—. Y un arpa también.

—¡Un arpa! —Las lágrimas se agolparon en sus ojos ante su consideración. Solo una vez le había mencionado que sabía tocar el arpa, que había aprendido en la escuela. Que él hubiera pensado en comprarle una —había, si Sally estaba en lo cierto, ordenado tanto el arpa como el

pianoforte tan pronto como llegaron a Londres— la abrumó—. Oh, Sam... Lord Blaymire, eres demasiado generoso. —Se apresuró a corregir su desliz—. Muchas gracias. No puedes saber lo que significa para mí poder practicar de nuevo.

Si tu madre me permite el tiempo para hacerlo, claro está.

—Creo que entiendo al menos un poco —dijo él, sorprendiéndola—. Es tu influencia la que me ha inspirado a tomar el violín de nuevo por primera vez en años, y aunque estoy un poco oxidado, estoy encontrando gran placer en tocar de nuevo. ¿Quizás me permitirías tocar contigo en algún momento? ¿Posiblemente podrías enseñarme algunas de tus composiciones originales?

Apenas podía hablar, completamente abrumada. Ahora estaban trayendo un banco de piano y colocándolo frente al instrumento, un afinador siguiéndolos para preparar tanto el arpa como el pianoforte para su uso.

—¿Tal vez algo de té mientras espera que lo afinen, señorita? —sugirió Sally tentativamente, y ella asintió.

—¿Te sentarás conmigo? —le preguntó a Samuel—. Es un alboroto mientras afinan el piano, pero... ¡descubro que no deseo perderlo de vista!

Samuel se rio, pero luego asintió.

—Me complacería hacerte compañía mientras esperas. Sí, Sally, el té estaría muy bien, y quizás deberías traer algo de desayuno para la señorita Patton también.

Persephone no podía contener su emoción. Sus manos temblaban mientras sorbía su té y, aunque comió por insistencia de Samuel, después no pudo recordar ni un bocado de lo que había probado.

Por fin, el afinador se declaró satisfecho con los dos instrumentos y se marchó. Samuel extendió su mano, indicándole que tomara asiento y probara su pianoforte.

Era un instrumento verdaderamente hermoso, que debía haber costado una buena suma. Con la primera presión de sus dedos sobre las teclas, las notas sonaron claras y puras.



CAPÍTULO DIEZ

A PERSEPHONE LE TOMÓ menos de un minuto perderse en la música y olvidar que él siquiera estaba allí. Samuel tomó asiento silenciosamente, observando de reojo a las criadas que se demoraban en la alcoba, sus manos habitualmente ocupadas ahora quietas mientras escuchaban la música con ojos soñadores.

Un movimiento en la puerta anunció la llegada de su madre, con una expresión de sorpresa en el rostro. Él se llevó un dedo a los labios para hacerla callar, y ella asintió comprendiendo, entrando en la habitación con pasos silenciosos y tomando asiento. —¡Vaya, esto es extraordinario! —susurró—. ¿Sabías que podía tocar así, Samuel?

—La escuché tocar cuando llegué a Kyneton Tower la primera vez —susurró Samuel en respuesta, estirando un poco la verdad—. Era obvio lo importante que es la música para ella. Pensé que esto le agradaría.

—Muy considerado de tu parte. —Su madre le dio un gesto de aprobación, seguido de una mirada especulativa—. Por eso querías que tuviera la Suite Daffodil, por supuesto. Aunque normalmente estaría reservada para tu novia. Bueno —dijo, cuando Samuel apartó la mirada, negándose a encontrarse con la suya—, sin duda cuando esto se sepa, tendrá aún más pretendientes entusiastas. A los caballeros les gusta una esposa musical.

Llamar musical a Persephone era quedarse muy corto, pero Samuel sabía que su madre ya sospechaba de sus emociones. Así que no dijo nada, recostándose en su silla y dejando que sus ojos se entornaran mientras se permitía relajarse, perdiéndose en el disfrute de la música.

Pasó más de una hora antes de que Persephone finalmente levantara las manos de las teclas por más de un momento. De inmediato, su madre comenzó a aplaudir, sobresaltando a Persephone, quien obviamente no tenía la menor idea de que su audiencia se había expandido. Por los débiles sonidos que ahora podía oír en el rellano, Samuel sospechaba que la mitad del personal de la casa se había reunido fuera para escuchar también.

—¡Maravilloso, querida! ¡Absolutamente magnífico! Nos han invitado a una velada musical en casa de los Staffidge mañana; había planeado declinar ya que pueden ser bastante aburridas,

¡pero debemos ir y tú te exhibirás! —Su madre sonrió radiante mientras se levantaba de su silla y se acercaba al piano—. Tienes un don, Persephone.

—Gracias, milady —murmuró Persephone.

—¿También cantas?

—Preferiría no hacerlo.

—¡No importa! —Su madre lo descartó con un gesto—. Tu forma de tocar es más que lo suficientemente exquisita para avergonzar a cualquier otra joven dama.

—También preferiría no hacer eso, milady —dijo Persephone, con una expresión un tanto desesperada.

Samuel se estremeció al darse cuenta de que una vez más, a pesar de sus mejores intenciones, había logrado poner a Persephone en una situación incómoda. —Basta, madre —dijo rápidamente, acercándose a ellas y poniendo una mano en el brazo de su madre—. No le di a Persephone los instrumentos como regalo de cumpleaños para que la presionaras a exhibirse.

—¿Un regalo de cumpleaños? —preguntó su madre, y Persephone repitió las palabras, con sus ojos gris tormenta muy abiertos.

—Su cumpleaños es mañana, señorita Patton —dijo Samuel con suavidad—. ¿O lo olvidó? Se le puede perdonar haberlo hecho, ya que sé que mi madre la ha mantenido demasiado ocupada como para llevar la cuenta de cosas tan intrascendentes como la fecha. —Le guiñó un ojo.

Por su expresión, dedujo que efectivamente había perdido la noción de la fecha.

—Esto... es un regalo demasiado extravagante —dijo ella en voz baja, sus dedos acariciando el teclado, con demasiada suavidad para presionar alguna tecla.

—Sin embargo, son suyos para quedárselos. Dondequiera que eventualmente resida —añadió, y vio cómo sus ojos se agrandaban al captar su significado. Que sin importar dónde eligiera establecer su hogar, él se aseguraría de que los instrumentos estuvieran a su disposición.

—¡Qué generoso de tu parte, Samuel! —exclamó su madre—. Sin duda el futuro esposo de Persephone estará encantado de que su dote incluya instrumentos tan hermosos. ¡Podrás enseñar a tus propias hijas a tocar en ellos, querida!

—¿Hijas? —dijo Persephone débilmente.

—Y a los hijos si lo deseas, por supuesto, si muestran aptitud para la música... Samuel la heredó de su padre; lamentablemente, yo no tengo ni pizca de talento musical. —Su madre soltó su risa alegre y tintineante—. Aunque sí aprecio escucharla, especialmente cuando se toca con la

habilidad que tú posees. Por eso creo que la velada musical de los Staffidge mañana...

—Mejor preguntémosle a la señorita Patton qué le gustaría hacer mañana —interrumpió Samuel a su madre nuevamente—. Ya que es *su* cumpleaños.

Su madre hizo un pequeño puchero, pero asintió, cediendo ante su punto. Samuel no dudaba de que probablemente estaba repasando mentalmente las invitaciones que había recibido para determinar dónde sería mejor que Persephone mostrara sus habilidades, pero por ahora, esperaba pacientemente a que Persephone expresara una opinión.

—Bueno —dijo Persephone con voz queda, mirándolo esperanzada—, tenía muchas ganas de... es decir, he leído tanto al respecto y siempre he pensado que me gustaría ir... al Anfiteatro de Astley.

—¡El Anfiteatro! —exclamó su madre—. ¡Vaya, no he estado allí desde que Samuel aún estaba en Eton... qué idea tan estupenda, Persephone! En efecto, deberíamos ir. Formemos un grupo de amigos. Samuel, te dejo a ti la tarea de organizar un palco para nosotros, y Persephone y yo decidiremos a quién invitar.

Persephone le lanzó una mirada que decía que sabía muy bien quién estaría decidiendo qué, pero había diversión en ella. Samuel le devolvió la sonrisa. —Un palco en Astley será, entonces, señorita Patton. Y le ruego que le diga a la cocinera cuáles son sus platos favoritos para que los prepare para la cena. Nos tomamos los cumpleaños muy en serio en esta familia, ya verá.

—El tío Matthew solía decir eso también —murmuró ella.

—¡Porque es una tradición familiar! —insistió él—. Permítanos celebrar con usted, señorita Patton. Y hoy, madre, dejarás a la señorita Patton a sus anchas. Deja que tenga el día para familiarizarse con sus nuevos instrumentos. Ven, dejémosla en paz.

Acompañó a su madre, que protestaba levemente, hacia la puerta, pero se detuvo justo antes de salir cuando Persephone pronunció su nombre en voz baja.

—¿Sí, señorita Patton?

—Si quieres traer tu violín —dijo ella, mirándolo a los ojos con una sonrisa impresionante—, estaría encantada de tocar contigo.

—Puede que no lo estés cuando me oigas tocar. Todavía estoy un poco oxidado —advirtió él, pero se sintió ridículamente complacido de que ella se lo hubiera pedido.

—No obstante —dijo ella con descaro.

—Quizás después del almuerzo. Esta mañana tengo que arreglar un palco en Astley's —Le guiñó un ojo antes de cerrar la puerta, dejándola en la soledad que sospechaba que ella anhelaba.

La música comenzó de nuevo antes de que él hubiera dado siquiera un paso. Riendo suavemente y sintiéndose extraordinariamente feliz de haber logrado que entregaran el pianoforte y el arpa a tiempo para su cumpleaños, Samuel bajó las escaleras con paso alegre.



Anfiteatro de Astley

Persephone no recordaba haber tenido nunca un día tan delicioso. Dos días, de hecho, desde que se había despertado ayer para encontrar los hermosos instrumentos nuevos que Samuel había comprado para ella. Había tocado todo el día, haciendo pausas solo para comer y beber cuando su doncella le traía bandejas regularmente, por orden de Lady Blaymire, estaba segura Persephone.

Samuel había regresado, en efecto, por la tarde con su violín y demostró no estar ni de lejos tan oxidado como había afirmado. Pasaron dos horas agradables tocando juntos, y Lady Blaymire se unió a ellos pidiendo todas sus piezas favoritas.

Habían salido a cenar, pero había sido un evento pequeño e íntimo con otra familia que vivía en Grosvenor Square. Persephone se sorprendió al descubrir que lo estaba disfrutando muchísimo. Con una audiencia tan reducida —y sin caballeros elegibles presentes, salvo Samuel— se había dejado persuadir para tocar y había deleitado a la compañía después de la cena.

Hoy, Samuel la había sorprendido de nuevo, esta vez escoltándola para visitar el Museo Británico, donde les habían dado un maravilloso recorrido por uno de los curadores. Después, habían ido a tomar té y pasteles a Gunter's, luego regresaron a Grosvenor Square para cambiarse, recoger a Lady Blaymire y comer una cena ligera antes de partir de nuevo hacia Astley's.

Persephone no creía que le hubiera gustado estar abajo en las abarrotadas butacas inferiores tan cerca del ring de exhibición, pero Samuel había arreglado un palco para ellos con una vista maravillosa, y estaban bastante cómodos, sin nada de apretura. Una pareja mayor —Sir George y Lady Herrington, amigos de Lady Blaymire— eran los únicos que se les unieron.

—Admito que no pensé que te gustaría este tipo de entretenimiento —comentó Samuel a Persephone al concluir uno de los actos, una notable exhibición de ocho caballos y sus jinetes bailando una "danza campestre" al son de la música.

Aplaudiendo con entusiasmo, Persephone le dirigió una sonrisa radiante.

—Nunca dije que odiara todo de Londres, Lord Blaymire. Tiene maravillosas diversiones y atracciones como esta. Es solo el gentío lo que no me agrada... y la sensación de que uno está constantemente en exhibición, siendo escrutado por el más mínimo paso en falso.

—¡Eso es exactamente lo que siento yo! —coincidió Samuel—. Unas semanas en la ciudad de vez en cuando son bastante agradables; visitas a la ópera y al museo, pasar un poco de tiempo con amigos, pero luego deseo estar en el campo de nuevo, en el Castillo Blaymire, con el aire limpio del campo en mis pulmones y compañía solo si elijo buscarla.

—No me has contado mucho sobre el Castillo Blaymire, Samuel —dijo su nombre en voz baja, ya que Lady Blaymire estaba charlando ruidosamente con los Herrington y era poco probable que la oyera—. Incluso cuando... teníamos más tiempo para conversaciones privadas. Me gustaría saber más. Lady Blaymire mencionó algo sobre obras de restauración.

—Es un castillo fronterizo en Shropshire que data del siglo XIII —dijo Samuel—, o al menos partes de él. Generaciones de mis antepasados han construido, mejorado, derribado y rediseñado tanto que no creo que quede mucho del original. ¡Un verdadero barco de Teseo, si se me permite decirlo!

Persephone se rio, pero estaba realmente interesada en el castillo, especialmente porque podía ver la genuina pasión que entraba en la expresión de Samuel cuando hablaba de su hogar. Habló de sus ambiciones de añadir fontanería moderna, de la cocina que acababa de ser reconstruida para incluir dos finas cocinas modernas, de los agricultores arrendatarios que cuidaban los ondulantes acres que rodeaban el castillo.

—¿Y cuándo planeas regresar al castillo? —preguntó ella cuando él hizo una pausa para respirar.

—Oh. En el Año Nuevo, supongo. Mi madre prefiere dejar Londres solo en pleno verano, pero me gustaría estar de vuelta en Blaymire bastante antes de Pascua —la miró pensativo—. Si no has determinado tus planes finales para entonces, quizás te gustaría acompañarme a Shropshire... ¿Visitar el castillo? Incluso si decides volver a la Torre Kyneton para vivir, siempre serías más que bienvenida en mi hogar.

—¿Volver a la Torre Kyneton? —exclamó Lady Blaymire. Obviamente había captado esas palabras y ahora se inclinaba hacia ellos, con expresión horrorizada—. ¿Por qué considerarías volver allí, Persephone? De hecho, no debes hacerlo; ¡debes quedarte en Londres conmigo hasta que encuentres un marido!

Persephone estaba a punto de declarar que no tenía intención de casarse, y que ahora que había pasado su cumpleaños y tenía el control de su propia fortuna podía hacer lo que quisiera, cuando vio la expresión de Lady Blaymire y se detuvo.

La madre de Samuel no había sido más que amable con Persephone. Sí, había hecho suposiciones sobre lo que Persephone quería para su futuro, pero era obvio que su corazón estaba en el lugar correcto. Que quería la felicidad de Persephone, aunque pensara que el único camino para esa felicidad implicaba atrapar a un marido adecuado.

Y realmente, señaló una pequeña parte traidora de la mente de Persephone, *no es un pensamiento tan terrible, ¿verdad? Aunque la idea de Lady Blaymire de lo que constituye un marido adecuado puede ser bastante diferente de la mía.*

Un marido como Samuel sería un sueño hecho realidad, en verdad. Un hombre amable y generoso que comparte muchos de mis propios intereses. Inteligente... y tan, tan apuesto. Le echó una mirada furtiva, inclinándose y señalando para llamar la atención de su madre hacia el acto que ahora entraba en el ring del circo abajo, desviando galantemente la atención de Lady Blaymire de Persephone.

Pero Samuel no era para alguien como ella. Persephone había conocido a Lady Elizabeth St. Clair, la hija del marqués que era ampliamente considerada como la favorita para convertirse en la esposa de Samuel, y sabía que ella no era competencia en absoluto. Lady Elizabeth era hermosa y elegante, bien educada y completamente serena. Persephone dudaba que incluso un mechón del cabello dorado de Lady Elizabeth se hubiera salido alguna vez de su lugar.

Mientras que, a pesar de los mejores esfuerzos de Lady Blaymire y el gasto de una buena cantidad de dinero de Samuel, Persephone aún se sentía como una impostora en sus nuevos vestidos de seda.

Los padres de Lady Elizabeth probablemente organizarían un baile para su cumpleaños. Ciertamente, ella no habría pedido venir al Anfiteatro de Astley para ver caballos amaestrados y una pantomima.

Samuel rio en voz alta entonces, volviéndose hacia Persephone con una amplia sonrisa en el rostro, señalando a los artistas en la pista, y sus sentimientos de inadecuación disminuyeron un poco.

¡Al menos Samuel se estaba divirtiendo, mucho más de lo que lo haría en un baile, estaba segura! Le devolvió la sonrisa, un poco reconfortada por el pensamiento de que no estaba desperdiciando completamente su tiempo.

Aun así, mañana debía escribir al abogado en Manchester y comenzar el proceso de acceder a sus fondos para poder establecer su propio hogar. Aunque Samuel le había ofrecido Kyneton Tower, Persephone pensaba que, honestamente, podría ser un poco demasiado remoto para su gusto. Tal vez podría buscar una casa pequeña en Chester, encontrar una dama de compañía. Aceptar algunos alumnos con inclinaciones musicales para enseñar, si deseaba más compañía o dinero.

Mañana, pensó Persephone, riendo ante las payasadas de los actores en la pista debajo de ellos. *Escribiré mañana.*



CAPÍTULO ONCE

—¿QUÉ ES ESTO?

Perséfone dejó de tocar, sobresaltada, cuando Samuel entró a grandes zancadas en su sala de estar.

—¿Perdón?

—¡Esto! —Agitó una carta doblada y sellada que ella reconoció al instante.

—Es la carta que escribí esta mañana para mi abogado. Lady Blaymire me dijo que dejara las cartas en la bandeja del vestíbulo para que tú las franquearas... ¿Acaso fue incorrecto?

—Sí... quiero decir, no. Eso es correcto. Lo que quiero saber es por qué.

Ella solo lo miró, perpleja, y él levantó las manos exasperado.

—Una pregunta tonta. La única razón por la que escribirías a tu abogado es para darle instrucciones sobre la disposición de tus fondos, ¡pero no necesitas hacerlo, Perséfone! Creí que habíamos llegado a un entendimiento sobre esto; cualquier cosa que necesites, estaré más que feliz de proporcionártela.

Parecía verdaderamente alterado, pensó ella, e intentó explicarse:

—Has dicho eso, Samuel, y realmente aprecio tu amabilidad, pero no puedo abusar de ti para siempre.

—¡*Abusar*! ¡Mi *amabilidad*! Dios mío, ¿no tienes la más mínima idea, verdad?

Ella frunció el ceño, confundida sobre a qué podría referirse.

—¿Sobre qué?

Él cruzó la habitación hacia ella con pasos rápidos, descartando la carta en algún lugar del camino, cayendo de rodillas a su lado en el banco del piano.

—Creo que he estado enamorado de ti desde el día en que tomaste tu futuro en tus propias manos y me encerraste en tu torre. Enamorado de tu espíritu y tenacidad, tu corazón gentil y tu alma musical.

Un zumbido se había instalado en los oídos de Perséfone, y su visión se oscureció en los bordes. *¡No te desmayes!*, se ordenó severamente. Este no era momento para desmayarse... porque si lo hacía, podría perderse algunas de las maravillosas e increíbles cosas que Samuel estaba diciendo.

—Sé que anhelas tiempo y espacio para dedicarte a la música —dijo él—, y te prometo que tendrás todo lo que necesites, y más... pero déjame mostrarte cuánto más podría haber para ti. Déjame llevarte a París, a Berlín y Viena, a conocer a los grandes compositores. Déjame ayudarte a publicar tu música, para compartirla con el mundo como merece ser compartida... fundaré una editorial para ti si lo deseas... solo dime que quizás podrías encontrar en tu corazón la manera de corresponder en alguna medida al afecto que siento por ti...

Ella rio a través de las lágrimas que luchaban por escapar de sus ojos, se inclinó hacia adelante y tomó su querido y apuesto rostro entre sus manos.

—Samuel... todo lo que pido es una habitación en tu amado castillo para mi pianoforte... y a ti.

Las manos de él subieron para cubrir las de ella, y se dio cuenta de que estaban temblando.

—¿Perséfone? —dijo suavemente, con tono interrogante, su expresión maravillada.

—Yo también te amo —le dijo simplemente—, pero nunca pensé... ¡Te encerré en una *torre*!

—¡Me alegro de que lo hicieras! —exclamó él—. Porque si no lo hubieras hecho, sin duda habría pasado por encima de tus deseos, nunca habría escuchado tus esperanzas y sueños, nunca habría llegado a conocerte. —Girando el rostro, besó sus palmas, una después de la otra—. Podría nunca haber tenido la oportunidad de escucharte tocar. Nunca te arrepientas de haberme encerrado en tu torre, mi amor. De hecho —esbozó una sonrisa pícara—, tal vez deberíamos pasar nuestra luna de miel en la Torre Kyneton, y puedes encerrarme de nuevo... pero esta vez, enciérrate conmigo.

La risa borboteó dentro de ella, y la dejó escapar.

—Nunca me dejarás olvidar eso, ¿verdad?

—Estaré orgullosamente contándoles a nuestros nietos cómo nos conocimos tú y yo, y advirtiendo a nuestros nietos que nunca se conformen con una dama que no los encerrara en una torre si estuvieran tratando de pasar por encima de sus deseos.

—¿Y asegurándote de que nuestras nietas tengan torres convenientes a mano?

—Hay varias en el Castillo Blaymire. Pueden tener una cada una, y construiré más si es necesario —declaró, riendo también.

—Ni uno de cada mil hombres sería capaz de reírse de haber sido encerrado en una torre —dijo Perséfone, aún sin poder creerlo del todo—. ¡Y ni uno de cada diez mil podría haberse enamorado de su carcelera!

—Ninguno de ellos podría ser tan afortunado como para ser encarcelado por una hermosa mujer que toca como un ángel. —Samuel se puso de pie, haciéndola levantarse con él—. Te prometo ahora, Perséfone —dijo suavemente, con fervor—, que nunca intentaré determinar qué es lo mejor para ti sin antes preguntarte qué es lo que realmente quieres.

—No te atreverías —le dijo ella con descaro—. ¡Sabes de lo que soy capaz!

—Lo sé, mi hermosa, valiente y ligeramente criminal amada.

La estaba mirando de una manera que hacía temblar las rodillas de Perséfone y que su estómago se sintiera extrañamente caliente. Se encontró respirando rápidamente y su rostro se sonrojó.

—Perséfone. —Samuel pronunció su nombre, con voz baja y ronca, y ella se inclinó hacia él instintivamente.

—Samuel.

Él le tocó la mejilla. Apartó un rizo suelto de su ojo, y ella se dio cuenta de que sus dedos también temblaban. Él estaba tan nervioso como ella, Perséfone comprendió de repente.

—Creo que deberías besarme ahora —soltó, lo que lo hizo reír de nuevo.

—Como siempre, tienes toda la razón. —Se inclinó más cerca, su cálido aliento rozando sus labios, y Perséfone dejó que sus ojos se cerraran.

El beso fue todo lo que podría haber soñado, y más; se derritió contra Samuel, quien curvó sus brazos a su alrededor protectoramente, sosteniéndola tan tiernamente como si estuviera hecha de la más fina porcelana.

—¿Me atrevo a esperar —dijo una voz detrás de ellos— que esto significa que has convencido a Perséfone de que no necesita huir a los páramos de Lancashire simplemente para escapar de nosotros, Samuel?

Perséfone emitió un pequeño grito y trató de dar un salto hacia atrás, pero Samuel la mantuvo cerca de él, girando la cabeza para mirar por encima de su hombro.

—Puedes ser la primera en felicitarnos, madre. Perséfone ha aceptado hacerme el más feliz de los hombres.

—Maravilloso. —Lady Blaymire juntó las manos, sonriendo ampliamente—. Les tomó bastante tiempo a los dos reconocer que eran perfectos el uno para el otro, debo decir.

—Yo... ¿perdón? —Samuel parpadeó, y Perséfone estaba segura de que su propio rostro reflejaba un asombro similar.

—Bastante inesperado, pero he visto la forma en que se han estado mirando desde que regresamos a Londres. En serio, Samuel, he casado felizmente a seis de tus hermanas; ¿realmente crees que no reconozco un matrimonio por amor cuando está ocurriendo justo frente a mí? —Lady Blaymire resopló magníficamente—. Haremos el anuncio en el baile de Navidad, Samuel, que en caso de que lo hayas olvidado, es esta noche, ¡así que no retengas a Perséfone demasiado tiempo. Necesita prepararse!

—Hemos sido manipulados una vez más —dijo Samuel en el silencio que cayó una vez que Lady Blaymire hubo abandonado la habitación, y Persephone finalmente cedió a su risa y se desplomó, riendo salvajemente, contra su pecho.



Varias horas después, Samuel miraba asombrado mientras Persephone descendía las escaleras para reunirse con él, con una suave y amorosa sonrisa en su rostro. Vestida con un traje de seda plateado con pequeñas perlas cosidas alrededor del escote y su cabello oscuro perfectamente arreglado, era toda la belleza que él había sospechado que podría ser cuando la vio por primera vez con un vestido de lana opaco en la Torre Kyneton. El vestido plateado resaltaba el gris tormentoso de sus ojos mientras ella posaba su mano sobre la de él y lo miraba.

—¿Estás lista? —le preguntó seriamente—. Esta es tu última oportunidad para echarte atrás, ¿sabes? Aún podrías reclamar tu dinero y huir a las Américas; no te detendría, aunque me romperías el corazón si lo hicieras.

—No te librarás de mí tan fácilmente —declaró ella, con un brillo juguetón en sus ojos—. Si no te casas conmigo, tendrás que casarte con Lady Elizabeth St. Clair y pasar tu vida bailando a su son aquí en Londres.

El estremecimiento de horror de Samuel fue completamente genuino.

—Tengo que salvarte de un destino tan espantoso, ¿ves? —Persephone se inclinó y besó su mejilla—. Y por supuesto —susurró—, estoy completamente y desesperadamente enamorada de ti, además.

Él hubiera preferido llevarla de vuelta arriba y pasar la velada a solas con ella, escuchándola tocar, quizás robándole algunos besos más. Pero sabiendo que su madre y el resto de la Sociedad esperaban su aparición, consciente también de que él y Persephone podrían elegir con qué frecuencia someterse a este tipo de experiencia pública en el futuro, tomó su mano en su brazo y la condujo al salón de baile.

Fin

Si has disfrutado de esta serie, ¿por qué no probar mi serie de dulces romances navideños de la época Regency? ¡Sigue leyendo para un capítulo gratuito de ***La Novia Fugitiva del Capitán***!

Cuando el conde con quien su padre la ha prometido resulta ser un canalla despreciable, Ava Brunswick no está dispuesta a convertirse en una esposa abusada e ignorada. Defendiéndose de los despreciables avances del conde, se ve obligada a tomar una decisión drástica y huir.

Permanecer en Inglaterra no es una opción, y justo hay un barco que se dirige a las Américas. El capitán parece más inclinado a hacer preguntas que a aceptar su dinero y mirar hacia otro lado, pero Ava está decidida, y pronto el Stella Marie zarpa... llevándola hacia una nueva vida.

La joven rica que acaba de convencerlo para que la deje abordar su barco está ocultando algo, y a Edmund Hale no le gustan los secretos. Está decidido a descubrir qué esconde Ava... pero podría terminar enamorándose de ella en el proceso.



La Novia Fugitiva del Capitán - Capítulo de Muestra

AVA BRUNSWICK SE AFERRÓ a su capa con más fuerza y se apresuró por la calle tan rápido como se atrevió; no llegaba a correr, pero ciertamente caminaba más rápido de lo que la mayoría de las jóvenes respetables se atreverían.

De todos modos, la mayoría de las jóvenes respetables no serían atrapadas solas en la calle cuando estaba cayendo la noche, y ciertamente no estarían llamando a un coche de alquiler y pidiéndole al conductor que las llevara a los muelles, que era lo que Ava hizo a continuación. El conductor la miró de arriba abajo y negó con la cabeza.

—No querrá ir allí, señorita. Los muelles de Bristol no son lugar para una dama, especialmente después del anochecer.

Ella extendió la palma abierta, con monedas brillando en ella; más de lo que el conductor ganaría en una noche, seguramente. Él se encogió de hombros y le ofreció una mano para ayudarla a subir. Ella dejó varias de las monedas en su mano; él las inspeccionó y las guardó dentro de su abrigo antes de tomar las riendas de su caballo.

Los altos mástiles se elevaban sobre los barcos amarrados a lo largo del río, picos negros contra el cielo que se oscurecía rápidamente mientras se acercaban. Ava se mordió el labio, mirando y preguntándose cómo determinaría qué barco zarparía primero.

El conductor detuvo el coche a un lado de la calle y se volvió para mirarla. —¿Aquí, señorita?

Ella dudó.

—Ya me pagó lo suficiente por una noche de trabajo. Me voy a casa con la señora después de esto, le daré a mi caballo una noche libre. Pero si hay algo que pueda hacer para ayudarla primero... —se detuvo, aún observándola.

—Quiero un barco que zarpe hacia las Américas —dijo Ava rápidamente, antes de que pudiera

cambiar de opinión—. Esta noche, si es posible. El primer barco que zarpe a cualquier lugar, si no hay uno para América.

—Dame unos minutos —dijo el conductor—. Preguntaré por ahí. —Bajó de un salto, acarició el cuello de su caballo y desapareció en un momento, tragado por la oscuridad.

Ahora hacía mucho frío. Ava recogió los pies debajo de ella en el asiento y se acurrucó en su capa, temblando. Pronto, sus dientes comenzaron a castañetear, y pensó que debería simplemente salir del coche. Podía ver luz en un edificio un poco más adelante, oír voces fuertes y botellas tintineando; era una taberna, seguro. Alguien allí podría decirle qué barco zarparía próximamente, y realmente no importaba si no se dirigía a América. Irlanda serviría. O Francia.

Cualquier lugar menos aquí.

A punto de bajar, Ava contuvo el aliento cuando un hombre salió repentinamente de la oscuridad y se acercó al coche. Era el conductor; le hizo un gesto con la cabeza y subió.

—Le encontré un barco —dijo escuetamente—. Debe zarpar con la marea de medianoche; están cargando los últimos suministros ahora. —Chasqueó la lengua a su caballo, y la bestia levantó sus cascos y trotó silenciosamente.

—¿Para Nueva York? —preguntó Ava esperanzada.

—No lo sé a ciencia cierta, señorita, pero dijeron que iba a las Américas. Ahí está —el conductor señaló con su látigo—. El *Stella Marie*.

Era un barco más grande de lo que esperaba, más largo y alto que el almacén detrás del cual estaba, con hombres corriendo por todas partes llevando cajas y barriles por la pasarela.

—*Stella Marie* —susurró Ava, y el nombre le dio un poco de fuerza, un pequeño impulso de esperanza de que tal vez fuera una señal—. Mi madre se llamaba Estelle.

—¿Qué dice, señorita?

—Nada. Gracias por su ayuda, señor. Tome. —Le entregó unas monedas más; él dudó, mirándola.

—¿Estará bien, señorita?

—Oh, por supuesto —dijo Ava alegremente, colgando su bolso en su brazo y ofreciendo su mejor sonrisa—. ¡Buenas noches!

Bajando de un salto del coche, caminó rápidamente hacia la parte inferior de la pasarela más cercana, una que, notó con gratitud, era bastante ancha. Un pasillo de casi un paso de ancho, con estrechos travesaños clavados a través de él para reforzarlo. Nadie la estaba usando en ese

momento, así que comenzó a subir, con los hombros erguidos.

—¡Alto! —Un marinero se acercó al otro extremo de la pasarela, mirándola fijamente—. ¿Quién es usted, señorita?

—Una pasajera, espero. —Ava ofreció su mejor sonrisa de nuevo—. ¿Con quién hablo para comprar un pasaje?

—Con el maestro del puerto, señorita, pero es demasiado tarde, zarpamos en breve y su oficina está cerrada. Tendrá que tomar pasaje en otro barco.

Ava reunió toda su actitud más imperiosa y dijo: —Absolutamente no. Lléveme con el capitán, trataré directamente con él.

El marinero dudó, mirándola fijamente. —No creo que...

—Yo me encargo desde aquí, Briggs —dijo una voz profunda, y una figura alta se alzó detrás del marinero.

—¿Es usted el capitán? —preguntó ella, y él asintió, examinándola.

—Lo soy. ¿Y usted es?

—Una de sus pasajeras, espero. ¿Están zarpando hacia... Nueva York?

—Baltimore.

—Eso servirá.



Frunciendo el ceño, el capitán Edmund Hale se cruzó de brazos, preguntándose por qué una joven dama vestida con las más altas modas de la sociedad tenía tanta prisa por dejar las costas de Inglaterra. —Me dirá su nombre, antes de que sigamos hablando.

Ella dudó, pero finalmente dijo: —Señorita Brunswick.

—¿Y por qué tiene tanta prisa por dejar Bristol, señorita Brunswick?

—Tengo que llegar a América. Por favor. Puedo pagar. —Ella se estremeció, ajustándose más la capa y mirando alrededor, y él sintió una involuntaria punzada de lástima. Era una cosita pequeña, la parte superior de su cabeza ni siquiera llegaba a su hombro, y era una noche fría. No

habría muchos más barcos zarpando hacia Baltimore este año; sería diciembre cuando completaran la travesía, y el Atlántico Norte sería peligroso con hielo flotante.

—Venga a mi camarote —dijo bruscamente—. Hace más calor allí, y puede explicarme.

La señorita Brunswick pareció dudar, pero él no le dio muchas opciones, dándose la vuelta y alejándose. Después de unos momentos, escuchó sus pies pataleando en la cubierta de madera detrás de él. Zapatillas en sus pies, pensó, ni siquiera botas, más adecuadas para un salón de baile que para los sucios muelles de Bristol o la cubierta de roble manchada de alquitrán de un barco.

—No sé su nombre —dijo ella mientras él abría la puerta del camarote y le hacía un gesto para que entrara primero. Ella miró alrededor con aparente interés, y él adivinó que nunca había estado a bordo de un barco antes.

—Edmund Hale —dijo él—. ¿Y el suyo es realmente Brunswick?

—¡Sí! Ava Brunswick. —Ella parpadeó hacia él, y a la suave luz proyectada por la lámpara protegida por vidrio en la mesa, vio que sus ojos eran muy azules, grandes y rodeados de pestañas espesas y largas. Su rostro era suavemente redondeado, casi querubín, pero no creía que fuera tan joven como parecía.

—Por favor, tome asiento —señaló las sillas atornilladas al suelo junto a la mesa igualmente fijada.

Ella titubeó.

—¿Es esto necesario? Ya le dije que puedo pagar. ¿Cuál es su tarifa habitual por un camarote de pasajeros?

—Veinte libras, pero no tengo ninguno disponible. Tendría que sacar a mi primer oficial del suyo, lo que desplazaría a todos los oficiales hasta el contramaestre, quien tendría que colgar una hamaca con el cocinero, y no estaría nada contento con eso. Así que dígame por qué es tan condenadamente importante que se suba a mi barco.

—Le daré cincuenta libras —desató los cordones de su bolso y comenzó a sacar billetes de banco, colocándolos sobre la mesa.

—Aún necesita responder a mi pregunta.

—¿Qué tal cien libras y no respondo la pregunta?

Era impetuosa. Casi se río.

—Veinte libras, y le daré cinco al contramaestre para compensarle por las molestias. Pero responde a la pregunta o la dejaré de vuelta en el muelle ahora mismo.

Ella lo miró fijamente y finalmente se encogió de hombros.

—Se supone que me voy a casar la próxima semana. No lo voy a hacer.

—No necesito problemas. ¿Alguien va a venir a buscarla?

—No mientras este barco zarpe antes del amanecer.

Edmund se río esta vez y caminó hacia la mesa. Recogiendo los billetes que ella había dejado, tomó cuatro billetes de cinco libras y le devolvió el resto.

—Muy bien, señorita Brunswick. ¿Tiene equipaje?

Ella negó con la cabeza, y él sonrió irónicamente.

—Ya veo. No puede llevar ese único vestido durante todo el viaje, ¿sabe? Veré qué pueden arreglar mis hombres, pero zarparemos con la marea de medianoche de todos modos, y lo que encuentren podría no ser a lo que está acostumbrada. ¿Ha pensado en lo que les dirá a los otros pasajeros?

Ella lo miró fijamente.

—Van a hacer preguntas sobre una joven soltera y sin acompañante, y cuando lleguemos a Baltimore, hablarán.

—Oh —se mordió el labio inferior—. Tal vez podría decir que soy, um, una viuda reciente. Viajando a Baltimore para, um...

Él suspiró, sin estar seguro de por qué el impulso de rescatarla de sí misma era tan fuerte. *Ya que estamos en el baile, bailemos*, supuso.

—¿Por qué no decimos que eres una prima lejana de mi madre, y que ella te ha invitado a visitarla? Eso te pone bajo mi protección como miembro de la familia. Ninguno de los pasajeros conoce a mi madre, o ya lo sabría, así que no deberían cuestionarte.

Esos grandes ojos azules inspeccionaron su rostro y luego se estrecharon.

—¿Por qué harías eso por mí? No sabes nada sobre mí.

—Hace tiempo —dijo—, mi madre huyó de un matrimonio que no quería y terminó en Baltimore. Allí conoció y se casó con mi padre, y resultó bastante bien para mucha gente. Así que digamos que estoy haciendo esto por ella —girándose hacia la puerta, comentó—: Será mejor que te quedes aquí por ahora, si crees que corres el riesgo de ser encontrada. Volveré cuando tenga un camarote disponible para ti.

Ella le creyó. Ava no estaba muy segura de por qué, pero pensó que el capitán Hale estaba diciendo la verdad sobre su madre, y creyó que genuinamente quería ayudarla. Aun así, mantuvo su capa firmemente apretada a su alrededor y rezó para que sus hombres pudieran encontrarle al menos un cambio de ropa antes de que el barco zarpara.

De lo contrario, realmente no estaba muy segura de cómo iba a explicar las manchas de sangre.



¿Quieres saber qué sucede después? ¡Lee ***La Novia Fugitiva del Capitán*** ahora!



OTROS LIBROS DE LA AUTORA CATHERINE BILSON

Las Novias Ruborizadas

Un Conde para Ellen

Un Marqués para Marianne

Un Duque para Diana

Un Capitán para Clarissa

Las Bellas de la Librería (series con Ebony Oaten)

El Ardiente Admirador de Estelle

El Caballero de Navidad de Marie

El Campeón de Navidad de Louise

El Encantador Doctor de Bernadette

Las Novias de Belle Haven

La Herencia de Belle Haven

¡Vaya, Señorita Molly!

Clara y el Marqués

El Paso en Falso de Anna

La Señorita Eliza Toma las Riendas

Festejos Románticos

Su Querida Duquesa

El Secuestro de Lord Blaymire

La Novia Fugitiva del Capitán

La Apuesta del Corazón

La Reina de la Duodécima Noche

Novela ganadora del premio RUBY:

La Novia Dijo No

La Colección del Príncipe Regente

San Jorge y el Monstruo del Río

Variaciones de Orgullo y Prejuicio

Las Mejores Relaciones

Relaciones Infames

La Esposa del Señor Bingley

Un Milagro de Navidad en Longbourn

Penas y Agravios

La Segunda Señora Bennet

Un Luto en Longbourn

Los Entrometidos Matlock